

056
88296
CR.

Brecha

AÑO 2 ARTES NOVIEMBRE DE 1957 LETRAS No. 3

Secretario del Consejo de Redacción: Arturo Echeverría Loría — Teléfono 5640 - Apartado 1157 - San José, Costa Rica

Edita: BRECHA Ltda. — ES EL ARTE EL QUE VENCE EL ESPACIO Y EL TIEMPO. Rubén Darío — Precio: 1 colón

Gonzalo Morales, Pintor Retratista

Por Arturo Echeverría Loría.

No es su pintura un arte inquieto: es sencillamente su pintura. Eso sí, amoldada a su modo de ser y dentro de las normas clásicas. Nada de estridente, nada de búsquedas, de lo novedoso; es solamente su interpretación personal, su conciliarse consigo mismo, su versión propia de la belleza. Hay en ella muy poco paisaje, casi nada de obra imaginativa, tan sólo orden en la ejecución y un ceñirse con profundas raíces al pasado.

Su obra pictórica se ha difundido en el país, dándole renombre como retratista. Su personalidad lo hace merecedor a un puesto en el recuerdo de nuestros pintores románticos por excelencia. Tal es, en su humildad y forma de trabajo, el pintor Gonzalo Morales.

¿Quién pudiera levantar esos velos que cubren las acciones creadoras de los artistas, y desentrañar su proceso? Sería una experiencia magnífica para comprender el por qué de su modo de ser pictórico, los cromatismos de su paleta, la forma en fin, que norma su vida de trabajo; cualidad esta firmemente enraizada en el pintor Morales, quien forjando su mundo de colores, vive su mundo interior, como inagotable fuente de aventuras del espíritu.

Morales construye sus cuadros



con amorosa ternura: la figura humana, el desnudo; el retrato, lo esboza y lo pinta emotivamente. Trabaja y pinta, dibuja y da color frente al modelo que lo absorbe y a quien va traspasando, saeteando con sus pinceles, hasta terminar el lienzo en el que queda estampado en severos razgos que definen en el retrato la si-

cología y personalidad de retratado; en el desnudo, la forma, la línea que encierra su condición humana, lo que Darío llama "Carne, celeste carne de la mujer...".

Pocos son los pintores en el país que como Gonzalo Morales tienen tan vasta obra realizada como retratistas. En este medio

nuestro que sin quererlo nivela el pensamiento, detiene las ambiciones, desarrolla una anemia creadora que como planta venenosa invade el alma del artista y la anula, se necesita tener cualidades aceradas para existir y persistir en este ambiente. Gonzalo Morales, el gran imaginativo en su vida, el gran refrenado en su forma pictórica, las tiene y así lo demuestra su acervo creador.

Consideramos a Gonzalo Morales como un espíritu amoldado a las normas clásicas. No hay en él ni un reformador ni un revolucionario, sino solamente un pintor preocupado por las normas de belleza heredadas de Grecia, de la antinua Hélade, gestadora de un modo de ser estético que ha guiado hasta nuestros días la conciencia artística del mundo. Morales respeta ese pasado y no se sale de sus bordes normativos: a él se aferra en su hacer y deshacer su vida, su existir dedicado a la pintura.

Son muchas las obras que Morales ha ejecutado y en las que ha puesto su talento y artesanía; pero ninguna, tal vez, más hondamente sentida e hija de su espíritu y de su emoción, como el retrato sobrio de Yolanda Orca-muno. En esta obra, tan personal y severa puso Morales todos sus dotes de magnífico dibujante

¿Están las escuelas retardando el aprendizaje de la lectura?

Por Cristián Rodríguez

El ambiente del aprendizaje de la lectura es un problema social importante, que concierne a todos los habitantes y no únicamente a los maestros. Sabido es que, por una u otra circunstancia, cierta proporción de los niños tanto en las comunidades rurales como en las ciudades, deja truncados sus estudios primarios. Si un niño abandona la escuela antes de haber dominado por lo menos la lectura mecánica se ve privado de un instrumento indispensable para la vida civilizada.

Las desventajas del analfabe-

tismo son tan obvias que recalcarlas resulta superfluo y hasta ridículo. Sin embargo, no están todavía muy lejanos los tiempos en que el analfabetismo, por lo menos en lo que al sexo débil se refiere, tenía apasionados defensores. Creían esos buenos señores que de ese modo se resguardaba la virtud de la mujer, al impedir las comunicaciones epistolares clandestinas, que daban al traste con su honestidad. Esa tesis no la apadrinaría hoy, si viviera, ni el Celoso Extremeño de Cervantes. Habría, sí mucho

que decir acerca de los analfabetos que saben leer o, a la inversa, lo que viene a ser lo mismo, los que no siendo analfabetos propiamente dichos no han aprendido en realidad a leer. Pero eso es jugar con las palabras y emplear el vocablo leer con una acepción diferente.

En este otro sentido un distinguido escritor norteamericano, Mortimer Adler, ha escrito un libro voluminoso enderezado a demostrar que son contadas las personas que saben leer de verdad, y ofrece consejos muy ati-

nados y prácticos sobre el modo de adquirir esa disciplina. El libro de Adler es admirable y conviene al más engreído de los lectores. Lo malo es que después de probar su tesis hasta la saciedad llega a la peregrina conclusión de que el mayor beneficio que proporciona el poder interpretar correctamente lo que se lee es el de que ello permite comprender el "existencialismo", de que el autor es, al parecer, entusiasta preconizador. El existencialismo está ejerciendo gran influencia en el mundo, como la ejerció el krausismo en España durante el último cuarto de siglo, sin que a estas horas haya podido nadie definir a ciencia cierta esa filosofía, y lo mismo ocurre con el existencialismo. Y si la suprema meta a que pueden aspirar los que desean adquirir el arte de leer inteligentemente es la de desentrañar los misterios del existencialismo, no es de extrañar que muchos prefieran renunciar para siempre a ese galardón.

La eficacia de los métodos anteriores.

Pero, como decimos, queremos referirnos concretamente a la en-

y de intérprete. Los negros y grises, el fondo sombrío que da realce a la figura esbelta y bella de Yolanda, sus manos bien delineadas, su pelo que parece, en la forma de tratarlo, una paloma anidada. Allí quedaron la inteligencia y la belleza de Yolanda trazados por la mano del pintor Morales, quien puso todo su oficio y su emoción artística en esa tela.

Han pasado ya muchos años desde que ese retrato fue pintado. Morales ha seguido afinando sus líricos pinceles; dibujando y pintando, siempre dentro de su marco clásico, dentro de sus fronteras conservadoras. Ha afinado sus instrumentos de trabajo, sus ojos y sus manos, que indagan y dibujan; su penetrante forma de ver los problemas con un dejo de triste humorismo, con una simple angustia ante las cosas que lo impulsan a dibujar y ante las otras actitudes de la vida.

Es estoico en su pensamiento, religioso sin pretensiones de santidad. Hay en Gonzalo Morales un hombre ajustado a sus ideales,

embestido por la vida que le ha propinado sus males pasadas, un espíritu alto y humilde sin complejos que lo atormenten. En la ejecución de la pintura religiosa, Morales siente una devoción de hombre compenetrado con sus sentimientos cristianos y con los temas que a ellos atañen.

Los Cristos torturados y coronados de espinas; los Cristos agónicos y suplicantes, han sido tratados por Morales con unción y valor pictórico ligados como están tan profundamente a su devoto espíritu.

El tema de la Virgen, albo y maravilloso, tiene en este pintor también realizaciones felices. En la pintura religiosa ha puesto Morales otra dimensión de su inteligencia tan honda, la mística que se trasluce en su trabajo y que tiene florecimiento total en su pintura.

En la ejecución de los Cristos hay mucho de autorretrato inconsciente: se le vuelca al pintor su dolorosa presencia interior en la

corona de espinas y en los rostros agonizantes, en que veladamente se reflejan sombras de sus rasgos físicos.

Morales no es un atormentado por lo incognoscible, ni un afeerrado a las bondades de la vida; es ante todo y sobre todas las cosas, un pintor convencido de que el camino que transita es el mejor para su arte.

Hay extrañas sombras en su paleta que transplantadas al lienzo la invaden con un aire tranquilo; pero eso es lo exterior; también se encuentran ciertos trazos demoniacos de rebeldía en ella, en fin, un contraste muy marcado del hombre inquieto que es Morales, refrenado por las severas condiciones de su pintura y por su especialidad, el retrato. Poco conocemos de otra obra de imaginación o de paisaje en él, muy poco; no sabemos si últimamente, está dedicando su talento a ellas, mas sí nos sorprende los contrastes de su personalidad marcados en su obra.

Lo interpretativo en su pintura retratista; la honda raíz devota en su pintura religiosa, en la cual también a veces asoma el diablo su pincel, con trazos atrevidos en los Cristos en agonía, a los que se les ve en la cara su lucha unánimesca, Morales es pues un pintor contradictorio pero de grandes disciplinas. A veces responde al llamado interior de su conciencia artística con un realismo crudo, otras, hace concesiones en sus retratos, pero siempre con una honradez, con una probidad artística que lo honran.

Nos quedamos al margen del camino, en el recuerdo del pintor Gonzalo Morales, el mismo que desde siempre nos ha mostrado en su quehacer pictórico, el camino agridulce de la vida; porque Gonzalo Morales también sabe lanzar sus flechas a las nubes y provocar la lluvia y dejar a un lado los pinceles para conversar sobre las florecillas de San Francisco de Asís.

señanza de la lectura mecánica, que no parece haber presentado insuperables dificultades sino en los últimos tiempos, a partir de la implantación del método intuitivo o ideo-visual.

Antes de la introducción del método fonético existía el tradicional del deletreo. Muchos de nuestros más preclaros ingenios y la gran masa de la población aprendieron a leer deletreando, el único método que se conocía, y pudieron vencer sin gran dificultad los inconvenientes de ese método incómodo y dispendioso. Es fama que muchos de los que aprendieron a leer de ese modo tenían mucho mejor ortografía que la mayoría de los estudiantes de épocas más recientes. El deletreo era fastidioso, entrañaba considerable pérdida de tiempo y esfuerzo innecesario, pero no puede negarse que aunque engorroso era eficaz. Los niños aprendían a leer a una edad relativamente temprana y como, por otra parte, no había tantas distracciones como ahora, la disciplina era más estricta y había interés de parte del alumno en aprender ligero a leer como medio de desaburrirse, el esfuerzo de más que tenía que hacer estaba compensado con la mayor solidez del aprendizaje.

No vamos a defender el deletreo, que era esencialmente memorista y tenía poca lógica. Las letras que tienen más de un valor como la ce y la ge, al recitarse con el nombre que tienen en el alfabeto debieron pugnar contra el razonamiento rectilíneo que

caracteriza al pensar infantil. Cuando se deletrea *cera*: ce a, ce; ere a, ra: *cera*, hay en el procedimiento cierta lógica; pero no al deletrear *cacao*, por ejemplo: ce a, ca; ce a, ca; o, o: cacao. El continuo cancanear que imponía ese método era insoponible al oído, especialmente si, como pasaba con frecuencia, se deletreaba en coro y con un canturreo especial; esa perpetua repetición, al leerse cada sílaba por partida doble, debió producir en los alumnos inteligentes y sensibles el mismo fastidio que provocó en Don Quijote la conseja de la pastora Torralba, que Sancho se empeñaba en relatar sin omitir un solo detalle y que acabó por agotar la paciencia del hidalgo manchego. Pero es lo cierto que de ese modo se formaban asociaciones casuísticas entre las letras de que constaban las sílabas y la pronunciación de éstas, hasta culminar en palabras completas, y la memoria se reforzaba con las asociaciones visuales y orales. En los libros de texto no dejaban de utilizarse los recursos ideo-visuales cuyo valor es innegable. Cada letra se introducía en su doble forma de mayúscula y minúscula, en tipo de imprenta y cursivo, seguida de una figura, a veces en colores, que representaba un objeto o un animal cuyo nombre comenzaba con la letra que se enseñaba. Las frases mismas iban acompañadas de representaciones gráficas: el niño sube y baja; la vaca no ve la loma (ni le importa, decían los chus-

cos). Yo alcancé todavía a padecer el deletreo cuando en 1903 asistí algunos días a la escuela de Liberia, que ocupaba, simbólicamente, lo que más tarde fue la cárcel pública. De modo que cuando muchos años más tarde leí lo que dice Bernard Shaw sobre la similitud que existe entre la cárcel y la escuela y entre el carcelero y el maestro, sus observaciones hicieron eco en mis recuerdos de infancia. No sé si aprendí algo entonces. Había cumplido apenas los cinco años y la corta permanencia en ese plantel me libró de la Cartilla y el Catón, que ya estaba en desuso, pero que algunos maestros utilizaban a veces como suplemento de los libros de texto.

Introducción del método fonético.

En todo caso, para mí fue un enorme alivio cuando, al matricularme en 1904 en la Escuela Ascensión Esquivel (nombre que no tenía entonces) hice mi debut con el Silabario de Don Napoleón Quesada. Aquello era una maravilla y antes de terminar el Primer Grado ya podía leer de corrido cuanto libro caía en mis manos.

No sé que se haya hecho un estudio sobre las fuentes y antecedentes que utilizó el Sr. Quesada en la preparación de su Silabario. Es una lástima que el autor no haya escrito una introducción completa al Silabario que dé más luces al respecto. Pero aun aceptando de antemano

que no fuera una obra completamente y orígen, el esfuerzo de adaptación fue genial y con su Silabario hizo un enorme bien al país. El Silabario es una obra sencilla y elemental y no se mete en honduras como las que entraña por fuerza una obra más extensa de orientación fonética. Hay problemas que serían muy difíciles de solucionar con los simples recursos de los símbolos de la escritura corriente. Ciertas letras, fuera de las vocales que son de muy fácil enunciación y cuyo sonido coincide con el nombre que tienen en el abecedario, tienen sonidos que pueden enunciarse sin dificultad, como la ele (l), la eme (m), la te (t), la de (d), la ese (s), etc. La zeta (z) tampoco ofrece dificultad, pues en América tiene el mismo sonido de la s, y basta dejar constancia de que en España se pronuncia ceceando; luego se le seguirá dando la pronunciación americana. Pero dos de los tres sonidos principales de la ene (n), en la pronunciación americana, no pueden representarse sin los recursos de la simbología fonética, sin entrar en explicaciones algo complicadas. En la América pronunciamos la n final dejando caer la lengua, mientras que los españoles la sostienen, apoyándola contra los dientes superiores, pronunciando *pann*, *cajónn*, *jardínn*. Ese sonido americano de la n no se puede representar fonéticamente con la n inicial. Lo mismo puede decirse de la doble ene (nn) en pala-

LIBRERIA ANTONIO LEHMANN

en su **DEPARTAMENTO ESPECIALIZADO**

ofrece:

LIBROS de CIENCIAS

ARTES, NOVELAS,

RELIGIOSOS y de MUSICA

Pida nuestras Listas y Folletos

pasar por anticuado o reacción-ario, continuó la marcha: también- dose más ufano aún, mientras los cortesanos sostenían con los brazos le enorme cola de un manto caprichos más llamantes. La escritura del español adolecía de grandes defectos. No se distinguía en la escritura la uve (v), de la que se atribuyen virtudes milagrosas, no se atreven a exte- rnar sus convicciones íntimas. Un método que contra toda lógica se ha convenido en consistir en un invento maravilloso y que constituye además la última novedad en materia pedagógica, (Unamuno escribía con más lógica, pues, del español, que es un idioma casi fonético y que aventaja al italiano, también muy fonético, en que tienen acen- tos tónicos escritos, y no simplemente diacríticos, ¿a qué com- plicar las cosas cuando lo más fácil y sencillo para interpretar los signos de la escritura es señalar el valor que tiene cada letra como sonido? Además, al enseñarse primero frases enteras a los niños, que las aprenden de memoria, para aislar luego las palabras y en último término las letras y los sonidos, fuera de sa- crificarse la inteligencia a un fin expediente, suponiendo por un momento que tal fin es asequible, se supone que los niños poseen una capacidad que es muy poco común en los adultos, cual es la de aplicar los razonamientos in- ductivos, que son los resortes de la ciencia. Champollion pudo, comparando los textos de la es- critura jeroglífica egipcia con los conocidos inscritas en la lápida Rosetta, llegar a descifrar la es- critura del idioma egipcio, apli- cando métodos inductivos y de- rivedos por el Emperador, que iba, un esplendoroso desfile, encabe- zado por el Emperador, que iba, desde luego, como se dice vulgar- mente, "en pelota". La acogida del populacho que tampoco quería pasar por satis, fue deli- rante y todo el mundo aplaudió el espectáculo, hasta que la pro- cesión pasó frente a un niño, que no estaba en el secreto de aquella paparrucha colectiva. Viendo, a- si, al Emperador en esa sea útil para aprender a leer el francés, lengua de escritura poco fonética, aunque no tan arbitraria como la del inglés. El francés es uno de los idiomas en cuya es- critura hay mayor número de letras inútiles, que no se pronun- cian nunca y que se conservan por razones históricas, aunque en la pronunciación peninsular ambas enes tienen el mismo valor, de modo que esas palabras se pronuncian en realidad *engre- cer, enoblecet*, al paso que en la América la primera que tiene un sonido velar, menos el afán de lucir trajes cada vez más vistosos y estrafalartos, y a quien un par de estafalartos, que pretendían poseer la capacidad de tejer una tela muy fina y de- licada, pero que tenía la peculiaridad de ser completamente invi- sible a cualquier persona que fuera incompetente para desem- peñar cargos públicos o suma- mente estúpida. El Emperador quiso utilizar los servicios de los charlatanes y ordenó varios tra- jos, que pagó con munificencia real, fuera de proporcionar toda la seda y los hilos de oro neces- rios. Los pícaros instalaron dos telares en los que pretendían te- jer la extraña tela, invisible a los tonos de caprote. No dejó de sorprenderse el monarca, cuan- do la obra estuvo terminada, al advertir que no podía ver la tela. Existió también el problema de la equis (x), que es en realidad un sonido doble, es, difícil de pronunciar aisladamente. A veces la primera parte de la combina- ción tiene un sonido que tira a ge (g). Pero antes de consonan- te se pronuncia en realidad como s (aplicación, que se pronuncia, la sospecha de falta de seso, de- claró que la tela era extraordi- nariamente bella y sus colores, adaptada de las ideas pedagó- gicas de la Doctora Montessori y de Decroly que, en sus respec- tivos campos y bien interpretadas, son estúpidas y han revolucio- nado la metodología. Es admira- ble para aprender el inglés, que tiene mucho de común con el chino, en cuanto que en inglés puede escribirse, por decirlo así, un esplendoroso desfile, encabe- zado por el Emperador, que iba, desde luego, como se dice vulgar- mente, "en pelota". La acogida del populacho que tampoco quería pasar por satis, fue deli- rante y todo el mundo aplaudió el espectáculo, hasta que la pro- cesión pasó frente a un niño, que no estaba en el secreto de aquella paparrucha colectiva. Viendo, a- si, al Emperador en esa sea útil para aprender a leer el francés, lengua de escritura poco fonética, aunque no tan arbitraria como la del inglés. El francés es uno de los idiomas en cuya es- critura hay mayor número de letras inútiles, que no se pronun- cian nunca y que se conservan por razones históricas, aunque en la pronunciación peninsular ambas enes tienen el mismo valor, de modo que esas palabras se pronuncian en realidad *engre- cer, enoblecet*, al paso que en la América la primera que tiene un sonido velar, menos el afán de lucir trajes cada vez más vistosos y estrafalartos, y a quien un par de estafalartos, que pretendían poseer la capacidad de tejer una tela muy fina y de- licada, pero que tenía la peculiaridad de ser completamente invi- sible a cualquier persona que fuera incompetente para desem- peñar cargos públicos o suma- mente estúpida. El Emperador quiso utilizar los servicios de los charlatanes y ordenó varios tra- jos, que pagó con munificencia real, fuera de proporcionar toda la seda y los hilos de oro neces- rios. Los pícaros instalaron dos telares en los que pretendían te- jer la extraña tela, invisible a los tonos de caprote. No dejó de sorprenderse el monarca, cuan- do la obra estuvo terminada, al advertir que no podía ver la tela.

La conjuración del silencio en torno al método ideo-visual.

¿Y qué tiene de malo el mé- todo ideo-visual para condenarlo así?

Pues nada menos que el de producir la ilusión de una efica- cia que no está muy lejos de po- ser. El método intuitivo es una ampliación tergiversada o mal adaptada de las ideas pedagó- gicas de la Doctora Montessori y de Decroly que, en sus respec- tivos campos y bien interpretadas, son estúpidas y han revolucio- nado la metodología. Es admira- ble para aprender el inglés, que tiene mucho de común con el chino, en cuanto que en inglés puede escribirse, por decirlo así, un esplendoroso desfile, encabe- zado por el Emperador, que iba, desde luego, como se dice vulgar- mente, "en pelota". La acogida del populacho que tampoco quería pasar por satis, fue deli- rante y todo el mundo aplaudió el espectáculo, hasta que la pro- cesión pasó frente a un niño, que no estaba en el secreto de aquella paparrucha colectiva. Viendo, a- si, al Emperador en esa sea útil para aprender a leer el francés, lengua de escritura poco fonética, aunque no tan arbitraria como la del inglés. El francés es uno de los idiomas en cuya es- critura hay mayor número de letras inútiles, que no se pronun- cian nunca y que se conservan por razones históricas, aunque en la pronunciación peninsular ambas enes tienen el mismo valor, de modo que esas palabras se pronuncian en realidad *engre- cer, enoblecet*, al paso que en la América la primera que tiene un sonido velar, menos el afán de lucir trajes cada vez más vistosos y estrafalartos, y a quien un par de estafalartos, que pretendían poseer la capacidad de tejer una tela muy fina y de- licada, pero que tenía la peculiaridad de ser completamente invi- sible a cualquier persona que fuera incompetente para desem- peñar cargos públicos o suma- mente estúpida. El Emperador quiso utilizar los servicios de los charlatanes y ordenó varios tra- jos, que pagó con munificencia real, fuera de proporcionar toda la seda y los hilos de oro neces- rios. Los pícaros instalaron dos telares en los que pretendían te- jer la extraña tela, invisible a los tonos de caprote. No dejó de sorprenderse el monarca, cuan- do la obra estuvo terminada, al advertir que no podía ver la tela.

¿Por ventura será tonto? —decía para sí, pero se guardó el secre- to, no fuera que alguien lo cre- yera comprendido en el número de los insulsos que, según dice el proverbio, es infinito. Recabó la opinión de uno de sus ministros, que por no incurrir tampoco en la sospecha de falta de seso, de- claró que la tela era extraordi- nariamente bella y sus colores, adaptada de las ideas pedagó- gicas de la Doctora Montessori y de Decroly que, en sus respec- tivos campos y bien interpretadas, son estúpidas y han revolucio- nado la metodología. Es admira- ble para aprender el inglés, que tiene mucho de común con el chino, en cuanto que en inglés puede escribirse, por decirlo así, un esplendoroso desfile, encabe- zado por el Emperador, que iba, desde luego, como se dice vulgar- mente, "en pelota". La acogida del populacho que tampoco quería pasar por satis, fue deli- rante y todo el mundo aplaudió el espectáculo, hasta que la pro- cesión pasó frente a un niño, que no estaba en el secreto de aquella paparrucha colectiva. Viendo, a- si, al Emperador en esa sea útil para aprender a leer el francés, lengua de escritura poco fonética, aunque no tan arbitraria como la del inglés. El francés es uno de los idiomas en cuya es- critura hay mayor número de letras inútiles, que no se pronun- cian nunca y que se conservan por razones históricas, aunque en la pronunciación peninsular ambas enes tienen el mismo valor, de modo que esas palabras se pronuncian en realidad *engre- cer, enoblecet*, al paso que en la América la primera que tiene un sonido velar, menos el afán de lucir trajes cada vez más vistosos y estrafalartos, y a quien un par de estafalartos, que pretendían poseer la capacidad de tejer una tela muy fina y de- licada, pero que tenía la peculiaridad de ser completamente invi- sible a cualquier persona que fuera incompetente para desem- peñar cargos públicos o suma- mente estúpida. El Emperador quiso utilizar los servicios de los charlatanes y ordenó varios tra- jos, que pagó con munificencia real, fuera de proporcionar toda la seda y los hilos de oro neces- rios. Los pícaros instalaron dos telares en los que pretendían te- jer la extraña tela, invisible a los tonos de caprote. No dejó de sorprenderse el monarca, cuan- do la obra estuvo terminada, al advertir que no podía ver la tela.

El método ideo-visual es ideal para aprender a leer el chino.

Tratándose, pues, del español, que es un idioma casi fonético y que aventaja al italiano, también muy fonético, en que tienen acen- tos tónicos escritos, y no simple- mente diacríticos, ¿a qué com- plicar las cosas cuando lo más fácil y sencillo para interpretar los signos de la escritura es señalar el valor que tiene cada letra como sonido? Además, al enseñarse primero frases enteras a los niños, que las aprenden de memoria, para aislar luego las palabras y en último término las letras y los sonidos, fuera de sa- crificarse la inteligencia a un fin expediente, suponiendo por un momento que tal fin es asequible, se supone que los niños poseen una capacidad que es muy poco común en los adultos, cual es la de aplicar los razonamientos in- ductivos, que son los resortes de la ciencia. Champollion pudo, comparando los textos de la es- critura jeroglífica egipcia con los conocidos inscritas en la lápida Rosetta, llegar a descifrar la es- critura del idioma egipcio, apli- cando métodos inductivos y de- rivedos por el Emperador, que iba, un esplendoroso desfile, encabe- zado por el Emperador, que iba, desde luego, como se dice vulgar- mente, "en pelota". La acogida del populacho que tampoco quería pasar por satis, fue deli- rante y todo el mundo aplaudió el espectáculo, hasta que la pro- cesión pasó frente a un niño, que no estaba en el secreto de aquella paparrucha colectiva. Viendo, a- si, al Emperador en esa sea útil para aprender a leer el francés, lengua de escritura poco fonética, aunque no tan arbitraria como la del inglés. El francés es uno de los idiomas en cuya es- critura hay mayor número de letras inútiles, que no se pronun- cian nunca y que se conservan por razones históricas, aunque en la pronunciación peninsular ambas enes tienen el mismo valor, de modo que esas palabras se pronuncian en realidad *engre- cer, enoblecet*, al paso que en la América la primera que tiene un sonido velar, menos el afán de lucir trajes cada vez más vistosos y estrafalartos, y a quien un par de estafalartos, que pretendían poseer la capacidad de tejer una tela muy fina y de- licada, pero que tenía la peculiaridad de ser completamente invi- sible a cualquier persona que fuera incompetente para desem- peñar cargos públicos o suma- mente estúpida. El Emperador quiso utilizar los servicios de los charlatanes y ordenó varios tra- jos, que pagó con munificencia real, fuera de proporcionar toda la seda y los hilos de oro neces- rios. Los pícaros instalaron dos telares en los que pretendían te- jer la extraña tela, invisible a los tonos de caprote. No dejó de sorprenderse el monarca, cuan- do la obra estuvo terminada, al advertir que no podía ver la tela.

conocimiento llega a hacerse automático. Dice el gran filósofo y educador, Alfred North Whitehead, que precisamente el proceso educativo consiste en hacer automático y reflejo lo que en un principio fue consciente; pero no a a inversa.

La reacción contra el método ideo-visual en los Estados Unidos.

Ultimamente ha habido en los Estados Unidos, donde el problema de la lectura es tan agudo que hasta entre los estudiantes de enseñanza secundaria se presentan casos de jóvenes que tienen dificultad con la lectura mecánica y abundan las "clínicas" para el tratamiento de casos semejantes, se ha operado una fuerte reacción contra la enseñanza ideo-visual, a la que se atribuyen casi todos los males ac-

tuales a ese respecto. Un autor, Rudolf Flseh, que no es profesional de la enseñanza y no tiene por lo tanto pelos en la lengua para cantar verdades, pero que ha consagrado muchos años al estudio del problema, ha denunciado el estado lamentable de la enseñanza actual de la lectura en las escuelas primarias, en un libro titulado "Por qué Juanito no aprende a leer" (Why Johnny Can't Read), que ha causado gran sensación y alborotado el cotarro pedagógico. Hace un análisis minucioso de la situación y establece comparaciones entre los dos sistemas, llegando a la conclusión de que el método ideo-visual es mucho más lento e inseguro, es decir, en suma, mucho menos eficaz, que el fonético y atribuye el fracaso de la enseñanza de la lectura a los defectos inherentes a ese método. A las razones de que el sistema es el más

apropiado para un idioma como el inglés, de ortografía tan atrabiliaria, contesta con argumentos estadísticos que demuestran que a pesar de las numerosas aberraciones de la escritura inglesa, las grafías arbitrarias, en un idioma de léxico tan rico, constituyen, después de todo, la inmensa minoría, y que el procedimiento fonético es aplicable a la mayoría de las palabras; que las palabras de escritura antifonética pueden enseñarse taxativamente, sin que ello entorpezca el aprendizaje de la ortografía de la generalidad de las palabras ceñidas a normas regulares de escritura.

Pero los intereses creados de las instituciones conservadoras, conservadoras paradójicamente de la novelería, y la enorme cantidad de obras de texto basadas en el sistema ideo-visual que las casas editoras y los autores que obtienen pingües regalías de esas

obras, militan en contra de la cordura y son más poderosos que todas las razones que puedan aducirse en favor del sistema fonético y en contra del método entronizado actualmente, y los niños seguirán siendo víctimas durante muchos años aún de esa caprichosa aberración.

No pretendemos condenar dogmáticamente un método. Lo que proponemos a las autoridades de educación de Costa Rica es que se lleve a cabo una prueba por parte de personas ajenas a la enseñanza, pero competentes para juzgar de los resultados y justipreciar la eficacia de ambos sistemas. Las simples opiniones, por más autorizadas que sean las personas que las exponen, no pueden bastar, tratándose de un problema tan importante como el que planteamos.

(Tomado de *EL NOTICARIO*)



PILSEN

SABROSA ES POCO!



Para su optimismo... para su placer disfrute de PILSEN la cerveza delicada de sabor inconfundible que demuestra la exactitud y el balance de fabricación.

Disfrute Ud. también de ratos inolvidables de placer, placer de saborear, placer de tomar PILSEN... la cerveza que alegra dos veces.



Prosas inéditas

de Max Jiménez

TARDE AMIGA

Quien se creyere solo en su pena; es porque no ha reparado en el atardecer. En la tristeza del crepúsculo, porque en la tierra hay un dolor.

Sus colores son suaves, el mar va y viene lleno de melancolía las estrellas prematuras aparecen con cierta timidez... y a luna, buena amiga borrosa, no se atreve a dar su luz, porque sabe y hace rima con alguien que en la tierra se cree solo en su dolor.

RUIDOS HERMANOS

El rozar de las hojas que acaricia el viento suavemente; el crugir de los ramajes azotados por la tempestad, son ruidos hermanos...

La intranquilidad del mar, el levantarse de las olas, su ir, su venir, su solución de espumas blancas, ruidos hermanos son...

Aves, árboles, mar; vuestros ruidos nuestros hermanos son.

ATARDECER

¿Y qué es la vida, desde que nacemos? Atardecer...

Como la naturaleza maticemos nuestros días, encoritemos crepúsculos en nuestro constante atardecer.

Las tardes grises son de plata y aun les queda fuego de la juventud.

Y matizarse.

Bello es concluir, morir como las tardes: de color.

ORO

Oro y fuego; crepuscular...

El sol todo lo ha convertido en oro y el oleaje al romper contra la playa borbota en polvo, polvo que es de oro.

La vida paga tributo al crepúsculo; el árbol es de metal y aves en forma de zigzag mar-

can curvas en esa transparencia que de oro carga el Sol.

Las cordilleras: noble anillo azul a la inquietud del mar, por el oro y por el fuego que les tributa el Sol.

Viendo salir ese foco de luz, que es la luna rompiendo nubes hasta quedar en el aire suspensa a manera de un globo que algún Gran Niño parece sostener, no sé por qué coincidencia he pensado en las lejanías; no sé por qué he pensado en este misterio del vivir que no soluciona tarea ni teoría alguna.

Una nube negra perturba: la luz de la luna mi idea prolongada del infinito y este eterno misterio de nuestro existir.

GEORGICA

Un sol que abrasa y doblega los tallos de las plantas.

Una mujer andrajosa cumple con la cotidiana faena agrícola; la acompaña un can famélico que sólo lleva en el cuerpo el instinto de la compañía.

La cordillera en azul por sus cuadrados es juego de paciencia; por su claridad las alturas le pertenecen; los caseríos parecen regalos a capricho.

Las nubes son espuma suspendida en el azul.

El sol arde más, la mujer continúa su faena, el can reposa y todo ello está envuelto en un vaho cálido que exhala de sus entrañas la tierra.

PAZ

El valle se extiende en verde paz... |

Contrario al atardecer larga sombra proyectan las cosas; sombra apenas movible la de los animales que ahí triscan la hierba, no menos plácida la sombra de los árboles que apenas mece el viento.

Dos torres hermanas, lejos...

parecen salidas de la iglesia para recibir la luz crepuscular, por su blanco y por la claridad que les da el sol, en ellas, ahora más está Dios...

La vida es sombra y luz... Ir, venir.

Por la sombra que es negra y es lúgubre, la claridad más vida es.

Y esta paz, la da la luz, también las sombras, lo saben los rebaños, los árboles y las dos torres, porque en esta hora más está Dios...

SE RIZA

En ese corto trecho el mar se riza en luz... la Luna egoísta sólo ahí da su blanco de metal.

Las aguas cobran conciencia, sienten que la luz es caricia.

Montes y mar guardan silencio negro porque en ese corto trecho, el mar se riza en luz...

DIAS

Sí, seguramente, días hay sombríos.

Quizás la lluvia... Las estrellas se disuelven en llanto, se sienten uno recogido en sí mismo.

Diríase que las ideas nos vienen desde una lejana nebulosa...

Días empañados como el cristal de mi ventana.

Días sin atardecer, que se esfuman y nos traen la hora de las sombras sin que nos demos cuenta.

Recuerdos tristes, lejanos, pasan con el tiempo entre las preocupaciones y el opaco cristal de mi ventana...

El paisaje multiplica el alma, la ensancha.

Es el caserío, los viejos cercados de piedra, la casita encajada, el riachuelo, que tanta vida comunican y hacen del camino caricia del espíritu.

Desde la cumbre el valle semeja un juego de paciencia de diferentes coloridos y tamaños.

La ciudad con sus techumbres refleja el sol crepuscular, diríase un lago.

Y más se sabe, sol y distancia todo lo alejan... acaso el alma también se va?



CENTROAMERICANA

Una revista cultural, independiente, dedicada a los cinco países de Centroamérica y Panamá, cuyo único objeto es fomentar una mayor confraternidad entre ellos mismos, procurando a la vez que sean mejor conocidos en las demás naciones del Continente.

Carmen Sequeira

Directora-Editora

Chimalpopoca 34

México—D. F.

Recordando a Don Antonio

Por Juan Manuel Sánchez

La rutina de la gacetilla periodística, así como la muy frecuente ausencia de noticias del gacetillero, motivan estos pobres comentarios que apenas cumplen el oficio "social" de la columna vacía y adocenada. Muere Sibelius, y apenas si se trascibe el cable. Muere nuestro Mediz Bolio, y apenas si se recuerda su condición de diplomático en nuestra tierra costarricense, o se alude insuficientemente a su condición de hombre de letras.

Nuestro, decimos, y nos parece que lo es en máximo grado quien se adentró en Historia y espíritu, en sangre y estética, en la cantera, tan descuidada, de lo que la tierra propia tiene de fuente inspiradora, de madre nutricia de su arte y su palabra.

Luminosa por él una "noche de los mayas", ya evidencia lo que él mismo dijera de su *Tierra del Faisán y del Venado*: "dicho en castellano y sentido en maya". En ese sentir y decir mayas que lo lleva a verter el libro del gran Sacerdote, el *Chilam Balam de Chumayel*, que para nuestra satisfacción figura en las publicaciones de "Repertorio Americano". Volumen que vierte luz en teogonía y mítica del Mayab, tan importante Génesis nuestro como el *Popol Vuh*, en el que se revela don Antonio autoridad tan alta en lengua maya como Garibay K. en Azteca, como José María Arguedas y Jesús Lara en poesía Quechua, y tan estimable difusor de esta literatura precolombina como los Abraham Arias Larreta, Adrián Recinos y Arturo Capdevila.

Pero es en la *Tierra del Faisán y del Venado*, que Mediz Bolio, gran iniciado de la lírica precolombina y al mismo tiempo "indígena moderna", revela sus poderes de poeta de la raza, de cantor entrañable de las voces nativas, premonitorio y admoni-

torio, épico y lírico, cronista del hombre y de la naturaleza, en frisos de poética fraterna de las viejas pinturas y esculturas, en melodías de *chul*, batiendo te-

ponaxtl y *huéhuatl* en el desfile suntuoso, llevando a la piel de venado, el pétalo del girasol y el ala del colibrí, la flor de la ceiba y el perfume de *Sac-Nité*,

La Ceiba y el Girasol

Por Antonio Mediz Bolio

Hay el árbol bonito y alegre de la ceiba, que tiene el tronco liso y ancho y sus ramas largas y rectas como un techo. De allí cuelgan sus nidos los yuyumes de color de oro que cantan al sol

de la mañana y allí se paran a acariciarse las palomas.

El viento bueno, hace su casa en la copa de la ceiba, y las mariposas radiantes, de alas azules y verdes, vuelan alrededor.

La tierra en que este árbol siembra sus raíces, está siempre húmeda y viva. Porque es santo y amoroso, da la sombra de la felicidad y por eso los hombres buenos, cuando se mueren van a sentarse debajo de la ceiba grande, que está arriba del cielo alto. Allí tienen siempre buen tiempo y alegría, y lo mismo es para ellos un año, que otro año.

Los hombres antiguos sembraban este árbol en medio de las plazas de sus pueblos, como mostrando que él era el centro de la vida y del mundo. El estaba en medio de todas las casas, las protegía y daba tranquilidad.

Debajo de la ceiba se hacían las fiestas a los huéspedes y se ataban los amores puros, y allí se llevaban las colmenas para cosechar la miel.

Así es el árbol bueno que hay en el Mayab. Cuando vayas por tu camino, mira bien los árboles y escoge.

(De la *Tierra del Faisán y del Venado*).

EL GIRASOL

Hay en el campo de Mayab, entre todas las flores sencillas y las hierbas buenas, esa flor alegre, el girasol, que es redonda y ama-



Los caminos de Juan sin Miedo

Por Lorenzo Arriaga

Los caminos de Juan Sin miedo fueron muchos y muy recorridos. En sus treinta y tres años, todas sus andanzas las recordaba con nostalgia. Cuando alguien le preguntaba: ¿A dónde van tus caminos, Juan?, él contestaba en lírica forma... "todos los caminos van al mar, porque así lo dijo Maín Jiménez el personaje de Porfirio Barba Jacob".

Juan Sin Miedo es ahora un escribiente en los Tribunales de Justicia; come, duerme, sueña y conversa sobre los maravillosos árboles que le dieron sombra en sus andanzas, de los ojos enamorados que lo guiaron en la noche al blando lecho, de la mano que le ofreció la copa para saciar su sed insaciable, y quiso retenerlo en la orilla tranquila. Juan Sin Miedo se escapaba con la luna o con el alba, pero siempre huía a tiempo, dejando eso sí, en cada huída, un pedacito de su vida. Cuenta, si está de vena y con unas copas de ron entre pecho y espalda, la magia del camino y la alegría que se siente, cuando el polvo nuevo, de un nuevo camino, ensucia las botas cansadas. Y nada sostiene su lengua, y sus ojos se tornan melancólicos y se oscurecen por el polvo que sien-

te en todo su cuerpo, ahora convertido en oficinista.

Juan Sin Miedo soñó con el mar y conoció el mar y los mares; nadie sabe cómo ni cuándo, se embarcaba en Puntarenas o Limón para abandonar el barco si una puesta de sol lo atormentaba o una noche cálida lo tentaba a buscar los brazos de una mujer. Lo único que Juan Sin Miedo se decía, cada vez que abandonaba la tierra por el mar, era: "Ahora sí, ya me quedé"... pero no se quedaba y el polvo de otra nueva tierra se le iba pegando a la suela de sus zapatos.

Juan Sin Miedo debe de tener poemas guardados en su casa... de los viajes algo debe de haberle quedado. Y un día, Juan sin Miedo, en la cantina, me confesó que una vez quiso hacer poesía, pero que no tuvo tiempo porque estaba viviendo. Y que la vida es mejor que la poesía porque la misma vida es eso, poesía. Qué bien! Juan Sin Miedo. ¿Cómo habla la experiencia y el recuerdo de las lecciones recibidas del profesor del camino en la universidad de la calle! "Pero ahora si voy a hacer poesía y el primer poema será a mis zapatos rotos", me dijo confidencialmente Juan

Sin Miedo. "Porque son un símbolo de mi vida aventurera. Los zapatos han visto la luna en los charcos y se la han llevado de paseo, han corrido por veredas y los ha mojado la espuma del mar. Son mi escudo de nobleza, mi vida toda". Y Juan Sin Miedo se queda pensativo mirando sus zapatos viejos.

Juan Sin Miedo no habla de amores. Es cosa rara en él el recuerdo de sus amoríos o de su gran amor. Nada lo hace contar las cosas que las mujeres le han dicho en una noche oscura, en que buscó refugio en su carne. Pero todos saben que sí hubo una tragedia amorosa en su vida. Escuchando la conversación de sus amigos sobre amores, un día nostálgico de Juan Sin Miedo, se le oyó decir como hablando pa-

ra si mismo, "fue el camino el que tuvo la culpa, la dejé por él...".

Ayer fuí a buscar a Juan Sin Miedo a la oficina, no estaba. Me dijeron que hacía días que no se presentaba y que nada sabían de él. Porque nadie sabía el cuartito redondo y solitario donde Juan Sin Miedo vivía. Indagué con los amigos; nada, nadie me dió razón. A los días, en un periódico una gacetilla me trajo noticias tristes de Juan Sin Miedo: los vecinos del barrio Keith, reportaron que en uno de los chinchorros, había un hombre solo y enfermo, casi loco en su soledad, que se divertía jugando con el polvo del patio entre la suciedad y la pobreza, diciendo cosas para sí mismo conversando con el polvo. Inmediatamente me vino a la imaginación mi amigo Juan Sin Miedo y fuí a buscarlo. Era él, el mismo Juan con sus zapatos rotos y su voz tranquila que le decía al polvo: "ya nos veremos otra vez, ya pasaré por los caminos en que duermes para despertarte con la suela de mis zapatos"... No tuve valor para despedirme de Juan Sin Miedo: con la vecina le dejé unos pesos y lo dejé sólo con su locura: el polvo del camino y los zapatos rotos.

Jamás he vuelto a saber de él. Tal vez ya se integró al polvo que tanto quiso, en algún camino del mundo.



rilla y que parece que alumbra en el monte.

Aquella flor que parece que te está mirando, no es a tí, a quien mira, sino al divino Sol. Pero si ella no mira lo de abajo, tú mirás lo de arriba. Para eso te ha sido dada. Para que te acuerdes de la luz, que no puedes mirar sin deslumbrarte.

Apenas la boca del día se abre para tragarse la noche, el girasol

levanta su frente y se pone a mirar la luz de arriba. Fija en ella está, y la sigue contemplando en todo su camino. Parece que esa flor humilde ha llegado a tener la figura del sol. Porque no mira más que a él, a él se le parece.

Siéntate delante de ella y levanta tu espíritu a pensar, mientras la estás mirando. Ve cómo la flor se abre y se pone a recibir el

amor caliente y claro que baja sobre ella. Y parece que no está para otra en medio de todo lo que hay sobre el mundo.

Verás cómo se dobla y da la vuelta, poco a poco, para estar mirando el sol que resplandece. Verás cómo, luego, cuando se acuesta el día y entra en el aire la obscuridad, ella se cierra y recoge para guardar la luz que ha recibido.

Míralo bien y apréndelo. Y cuando encuentres esta flor dichosa, no la arranques, sino acaríciala con amor y suspira lleno de ternura. Y si algo quieres procurar, procura ser dentro de tí como es ella y proponte hacer en tu corazón, lo que ella hace.

(De La Tierra del Faisán y el Venado).

la conejera

Por Fabián DOBLES

Así que cesó de llover, cuando las sombras de los cocoteros caían ya largas por la playa y se metían lejos en el mar, la mujer del coronel Jovelino Gaitán notó que en el finco algo inesperado estaba sucediendo. Ella venía paso a pasito desde detrás de la casa, donde había andado echándoles de comer a sus conejos; vió aquello, e hizo un gesto de alarma. Arrugando la cara, se pasó la punta del delantal por la frente para echarse el sudor abajo, espantó gritándole "usio" una gallina que le andaba escarbando los matones de begonias del corredor, y, todo en unos instantes, entró apresuradísima en su casa, orgullosa vivienda de ocho por ocho varas, con techo de zinc, forros de traslazo y ventanas protegidas de cedazo bastante deteriorado por los vapores marinos.

Al frente, el zahuatillo de los Gaitanes ladraba furioso en dirección de aquello, y el oleaje, como si le hiciera burla, parecía estarle ladrando a él con mil hocicos.

Muy disgustada, la mujercita salió enseguida y empezó a caminar por la playa. Desde lejos, mientras la brisa batía los aleteos de su chalina, hacía pensar en una mariposa que se agitara penosamente en el suelo. Pero las huellas de sus zapatillas de lona iban avanzando en la arena, corre que te alcanzo, y a veces las lenguas espumosas del mar venían y las borraban.

¡Tántas y cuántas veces no había pasado Nina de Gaitán por aquella estrecha cinta de arena, avenida de covachas y perros y niños y techumbres y patios con vieja ropa tendida, camino del muelle, donde su esposo trabajaba como guarda!

Oscurecía ya cuando llegó jadeosa a la caseta del muelle.

—¿Qué hay, Nina?

—El negro de ayer volvió con un camión de carga. Está botando madera y latas dentro del lote.

—Hm, hm —dijo el coronel pestañeando nerviosamente—, esto me huele a zorrillo. Desde ayer, cuando vi a ese hombre semblanteando el finco como si echara medidas, me andan picando las pulgas.

—Pues ¿qué hacemos? A mí tampoco me pinta buena.

—Dejá a ver con quién arreglo la guardia, y nos vamos.

Poco después ya regresaban los dos, a diestra su vieja conocida la larga hilera de ranchos y patios, al otro lado su ruidoso vecino el mar. Frente al bailongo del chino Ajoy vieron el camión. Se había atascado en la arena. El chofer, un negro limonense, gesticulaba y a gritos pedía ayuda.

—Ajá —se acercó Jovelino renqueando de su pierna tiesa—, ¿lo fastidió la marea? Está bueno, por andar en negocios sucios con esa chocha cacharpa.

El chofer se sacudió de encima el tiro:

—Yo nada tiene que ver, mister coronel. Trabaja el camión para vivir. Mister Hamilton pagar por un servicio. Yo para llevando sus chécheres al doctor, y ya está.

—¿Eran muchos?

—Algunos, yes sir. Tablas podridas, diez alfajillas y twenty latas malas.

Se habían aproximado otras personas. Una vieja contó:

—Uh, sí; desde hace ocho días que el curandero estaba va de dar vuelta y vuelta por todo esto, viendo a ver si hallaba un hueco.

—Pero como en la playa ya no cabe ni un fósforo, halló galán —dijo la mujer del coronel— metérsenos a nosotros a hacer su

nido en lo nuestro.

—A saber, Nina, si por ahí anda la cosa.

—Pero ya verá ese curandero del diablo si juega con mi Jovelino Gaitán, que para algo fue compañero de Sandino y para algo se ganó su racimo de balas peleando en Las Segovias.

—Joder —refunfuñó el coronel—, ya aquí uno no puede estar tranquilo con lo suyo.

—Díay —se atrevió a decir un hombrecito—, el que pestaña pierde. Si es que usted, don Jove, tiene mucho; y en Limón ni hay dónde meterse fácil.

Se encrespó el coronel y soltó su ola:

—Mirá, jeta abierta, ¿llamás mucho una manzana de arenón con cocos?

—Pues compare, y ahí perdone, coronel; yo nada más digo que a Hamilton lo echaron con la policía de un cuartucho ajeno que se estaba cayendo, allá en el puerto. Estaba el hombre haciendo agua.

—Y yo qué demonios tengo que hacer con eso —respondió muy caliente— Vaya el chocho. Me diligencié mi lote en tierra firme hace años, peleándolo a lo gallo, y lo siembro —siguió, ya apenas tibio— de tiquisque y yuca, como un buen cristiano. ¿Qué tal si digo a consentir que... Pero qué diablos tengo que discutirlo con su alma —vueita otra vez a calentarse—, ni con nadie? Bueno estoy yo para sacristán de pobres. En fin, dejemos eso —dijo después, ya casi frío— y ayúdemosle a este chofer mal amigo a salir del varadero, que voy precisado.

Y luego que, entre bufidos del motor y resoplidos de la gente, empujaron el cacharpón hacia arena más firme, el coronel y la coronela siguieron apresurados su camino, él con su pierna anqui-

losada, ella con la chalina que la brisa del mar le vapueaba de modo que la hacía parecer una oscura mariposa.

Gente venida a menos, él, ella y también el negro Julius Hamilton, anciano curandero que esa tarde, por fin, se había decidido a anclar con su covacha en el finco del nica Jovelino Gaitán.

Allá estaba don Julius poniendo ahora el primer horcón de su tres por cuatro, para que en un dos por tres se desatara el vocinglerío a decir aquí voy: el de los cocoteros por allá, con el viento; el de la playa, acá, con su ola tras ola; el del perrillo que continuaba ladrándole a mister Julius Hamilton; y de esta vez el barullo del ex-coronel sandinista, a cuya zaga llegaban— cómo no iban a acudir, si sabían que habría borrasca de las buenas— cincuenta y más habitantes de los tugurios de la pura playa.

Ya era de noche. Mas como la noche se había dado maña para alumbrar con algunas estrellas y los destellos que le prestaba el cercano puerto, unos a otros se medio veían las caras, que el sereno les humedecía.

—Esto no ser suyo, coronel Gaitán —gritaba el curandero—. Qué va; esto ser para de Sucesión Velarde.

—Qué Sucesión ni qué pijadas. Esto es muy mío; yo pago ocho pesos al mes, y tengo papel que me respalda —decía Gaitán, y alzaba el puño amenazando al otro, iracundo como agua que hierve.

—Salí de allí, negro atrevido —cacareaba su esposa—, si no querés que te botemos con la policía. Qué tenés que andar testareando por aquí.

—Jm, jm —gruñía Hamilton—, ¡la policía! Ese pescado tener muchas espinas. La policía no querido para sacar de la playa a todos éstos —y señalaba el grupo que los rodeaba—, porque estar verdes y no pudiendo.

—Pero lo de ellos es tierra pública, playa de mar; usted lo sabe —volvía Jovelino—, y podrían sacarlos a todos si les diera la gana.

—Jm, jm, —contestaba el negro—, ¿playa pública? .. Preguntásele a Sucesión Velarde.

—Que se calte ese tal coronel —se escuchó una voz agresiva.

—La Sucesión no tiene interés en la baja playa —gritó una mujer bajita.

—Casi el rompeolas. Uno es

pobre —la siguió un hombre alto y encorvado.

—Donde ni el diablo viviría a gusto —vociferó un tipo muy gordo.

—¿Qué es la cosa, Gaitán; está contra nosotros? —dijo, y avanzó colérica hacia él una vieja flaca como un mástil, al punto que empezaron los puños a burbujear y levantarse.

—No, no estamos contra ustedes, Dios nos libre —dijo la Gaitán, asustándose—; la cosa es con el negro; el negro nos ha usurpado lo nuestro sin derecho. Tenemos cercas, papeles.

—No; contra ustedes no; somos buenos vecinos. Ustedes nos conocen, pero este hombre es un abusivo —tornó a bramar siempre hirviendo el coronel—, y si no se va por las buenas, joder, yo sé también enténdermelas solo, sin policía, y por las malas—, en tanto que, moviéndose como un péndulo, por la dificultad en la pierna, se dirigió corriendo a la casa.

Regresó blandiendo un pisto-
lón, que echaba chispas.

Detrás del montón de tablas viejas, a unos cuantos pasos, dos pequeños bultos se movieron, levantándose. Nadie se percató de ellos, porque ahora la situación estaba que ni una vela hinchada y todos miraban tensos al coronel y su cuarenta y cinco, brillante como la panza de un pez.

—Ahora sí, Julius Hamilton, ¿qué me dice?

El negro, por lo común de figura encorvada, se irguió cuanto pudo:

—Blanco malo, asesino. Son of... Todos ser malos, blancos. Esta playa ni suya ni de Sucesión. Ser para de todos. Ser para milla marítima. Yo votar también. Yo para siendo ciudadano.

Gaitán avanzó contra el viejo. El viejo dudó un momento; luego dió media vuelta, y echó a correr diciendo "God bless me", al tiempo que los dos bultillos oscuros saltaban hacia él y lo abrazaban. Uno, desprendiéndose, corrió donde el coronel había quedado; le sacó la lengua:

—Hombre malo. Quería matar a abuelito—, y le puso la madre por los sueños.

A Jovelino lo tenían agarrado entre cuatro hombretones, que habían corrido poco antes en pos de él, para aferrarlo tras de un rápido forcejeo. Uno le había arrebatado la pistola.

—No los había visto, chochos; palabra que no había visto a estos chavalillos —carraspeó el coronel, que ya apenas despedía algún calor.

—Creo que nadie, Gaitán —dijo uno.

Enseguida, ya con la respiración tranquila:

—Suéltlenme, no me joroben ustedes. Esa cuarenta y cinco no tiene balas, cho. Las balas me las gasté en las Segovias, entienden, hace ya mucho tiempo, y no matando negros indefensos —y escupió con irónico orgullo.

—Ah caramba, don Jovelino, qué ocurrencia; haberlo dicho, hermano —murmuró el que se la había quitado—. ¿Y entonces?

—Pues, a ver si así se me ablandaba el hombre. No se pudo, ya lo van reparando—. Y hasta se diría que se le dibujó una leve sonrisa.

Miró a los negritos, que se le habían acercado entre curiosos e insolentes. Rió a todo motor y se rascó la cabeza.

—Vámonos, mujer —esejoteó de seguido, llevándose la hacia la casa y siempre rascándose el co-
co—. Como que este asunto se me ha puesto oscuro; muy, pero muy oscuro; ¿no ves?—. Y con la mano indicó, uno, dos, las estaturas de los chiquillos.

—Con el viejo la cosa ya me estaba pareciendo una exageración; me lleva un buen fardo de años. Sólo que, por mi genio, vaya pues. Pero cuando aparecieron esos tiburoncitos de cipotes, ah caray, se me acabaron de bajar los humos a los talones. Como si el negro me hubiera mandado par de ases.

Le pasó el brazo por encima de los hombros, y ella lo miró con simpatía:

—Ah mi coronel; siempre mi coronel, que tan así se me sube, como tan así se me baja.

—La pistola, Gaitán —pudo aún escuchar que una voz le gritaba desde el grupo, que ya se desbandaba por allá en la playa—. Es suya. Recójala.

Y Jovelino Gaitán, desde el corredor:

—Déjensela, muchachos, para su seguro, que ustedes viven sobre arena muy sueita, y sé que tampoco les corren buenos vientos. Por si les llega el vendaval. A mí ya no me sirve.

Y su mujer, a todo lo que le daban sus pulmones:

—Pero eso sí pregúntenle a la Sucesión quién es el coronel Gai-

tán, para que no vayan a andar creyendo ustedes que esta vez él se aflojó por pendejada.

Y paso a pasito se metieron en su madriguera.

Ojo por ojo y diente por diente, el coronel le tasó al intruso el derecho por su lotecillo en siete colones mensuales, y así terminaron amigos.

—Porque ha de saber usted, doctor Hamilton —le contaba Jovelino a Julius la tarde del domingo, mientras le ayudaba a terminar su tres por cuatro con otras latas de apenas medio ver que a una galera inservible le había escamoteado para el viejecillo—, que yo también, a mi manera, fuí al principio un usurpador y un marrullero.

—Oh yes, yes —dijo el doctor—, yo saber que vos tiene esta tierra de cocos porque se metió aquí y la ganó peleando.

—Bueno, hasta cierto punto. Cuando a mi general Sandino lo asesinaron en mi patria, me oculté en montaña, atravesé el San Juan, y pude pasar a Costa Rica. Me vine a esta provincia. Había trabajo, y entre barrizales y lluvias doblé la concha en los bananales, donde duré hasta la huelga del 34, en la que me ensarté bien arriba de las orejas y por la que en un casi estuve de que me devoivieran a Nicaragua, para que, chas —y se pasó el canto de la mano por la garganta—, hasta allí le quiquiriqueara el gallo al coronel Gaitán. Pero se fueron amolando. Aquí hay buena gente, como en todas partes, palabra que sí. Al Presidente Jiménez le tembló la mano para firmar la sentencia de muerte de un humilde sandinero, que eso habría sido decretar mi expulsión, y el decreto no se dió.

El coronel alcanzó al curandero un pedazo de lata de zinc y algunos clavos.

—Tiempo después me hice ciudadano costarricense, y en Limón me conseguí el empleo de guarda, que todavía conservo —volvió a decir mientras reanudaba su trabajo—. Nosotros somos matrimonio sin hijos. Así machorros nos iban tragando los años, y no teníamos dónde caer nos muertos. Vejez sin techo es una chanchada, ya se ve. Por eso un día me puse a pensar: pues caray caramba; si lo que dicen es cierto, resulta que todo este litoral de por acá, hacia el lado

del aeropuerto, es de la tal Sucesión porque hace muchos años se dió una ley que duró apenas las horas justas y suficientes para que un fulano que estaba con su remo bien cogido en el Gobierno pudiera tijeretearle un buen pedazo a la milla marítima, cabalito junto a Limón.

—Ah, sí. Yo recuerda bien. Yo ser muy viejo. Gran negocio —dijo el negro, en tanto que ahora ayudaba al otro a ajustar la bisagra de una puerta.

—Hombre, quiere decir que aquí se dan cosas así, facilitas y de a sentado, como quien dice; y me dí a cavilar estudiando el caso. Vi que yo, por las mis hazañas que se decían en la tierra de mis padres, gozaba de gran simpatía con todo el mundo acá; vi que el entonces comandante de Limón me tenía tamaño apego, por aquello de militares y colegas; supe que la Sucesión andaba entonces al garete, en mano de muchas manos, y me dije: Jovelino, a aprovechar los nortes. Y un buen día compré alambre y cerqué. Dejé pasar un tiempo, y sembré cocos. Dejé pasar otro tiempo, mientras crecían mis ahorros y a Nina le llegaba una platica de un pariente en Nicaragua, y otro buen día levanté casa.

—¿Entonces los tiros reventar después? —preguntó Julius, forcejeando con el martillo.

—Algo después, sí —dijo aquí Nina, que había llegado con sendos jarros de café—. Un lunes se presentó la policía con un papel. Debíamos desalojar y perderlo todo. Jovelino buscó abogado, para lo que se pudiera hacer en camino de ley...

—Y cargué mi pistola. Esa misma y propia que usted vió, Hamilton. Esa vez sí la cargué —siguió Jovelino, soitando el desatornillador para coger su café—. Cuando la cosa se puso al rojo vivo, me acordé de mis tiempos de guerrillero, se me subió el pinol a la cabeza y cavé mi trinchera. Nina me acompañó armada de escopeta—. Y bebió el primer sorbo.

—Nos hubieran podido matar, claro está —comentó ella.

—Si se les hubiera metido entre ceja y ceja, pienso yo, claro que sí. Pero yo les volé mis piomazos y Nina los suyos, y como que se echaron para atrás —dijo Gaitán, sorbiendo a intervalos del jarro.

—Hueso duro de roer Gaitán

hembra, Gaitán macho —sonrió el curandero, que ahora cambiaba el martillo por el jarro que le tendía Nina.

—Tal vez —respondió el coronel, halagado—, pero eran cuatro contra dos, y ellos con más. Dispararon sus mazorcas, y se fueron, después de hacer la pañada de avanzar panza en la arena, mientras nosotros les tirábamos bien al cielo para no ir a joderlos. Bueno, no sé que hubiera pasado enseguida, pero lo pensaron mejor y alzaron la tienda.

—Jm —el viejo—, les tener miedo, que vá.

—Pijadas. Si lo tuvieron no fue a mí, ni a ella, sino a Sandino; a la memoria de mi general. ¿No le cuento que a mí me tiene voluntad la gente y mucho respeto más por lo que fue él que por lo que yo soy? Digo mejor que anduvieron con prudencia.

—O que nuestro amigo el Comandante sólo los había mandado a hacer como que hacían —hilvanó la mujer.

—Qué sé yo; la vida vale. La de ellos y la nuestra. Bueno, al día siguiente de todos modos me arponearon, mientras andaba en el trabajo. Estuve en la cárcel unos días. Pero me defendí bien, y vaya usted a saber qué amigos no me ayudaron, pude salir libre. A Nina no la molestaron.

—¿Y el lote?

—Nos lo hubieran podido quitar, legalmente, entiendo yo. Pero para entonces ya se les había armado la de San Quintín. Había mucha gente sin casa en puerto Limón, igual que ahora y que siempre. Unos desocupados, y otros población ambulante, porque, a esta provincia de tiesos y pelados llegan muchos tontos que viven de ilusiones.

—Yes —el doctor—, bananas y cacao. Cacao y bananas.

—Dijeron por docenas a hacer la mía. Por aquí y por allá le cayó el chapulín a la mila marítima de la Sucesión; y entonces alguien olió que del lío se podía sacar ganancia. Ya no era mi problema pequeño, sino el problema grande que por mi ocurrencia se les estaba viniendo encima en charrón, porque la cosa había tuppido.

—El abogado de la Sucesión llamó a Jovelino y le propuso el arreglo. Pagar un derecho de algunos pesos por mes, durante noventa y nueve años —explicó Nina.

—Yo me desternilé de risa —siguió contando el coronel—. Mire que me desea usted larga vida, licenciado, ¿No ve que hijos no tengo? No importa, dijo, son formalismos legales. Firme, y todo queda zanjado. Chocho; y aquí me tiene usted, doctor, dueño de esto por los siglos de los siglos amén.

—Con los demás hicieron lo mismo —prosiguió ella—. Se redondearon así tamaño platal por mes, porque eran muchos, y aquí paz y después gloria.

—Uh, y bastante más gloria y dinero que el que unas cuantas matas de cacao y algunos cocoteros le producían a la bendita Sucesión, que seguro no acaba de agradecerme la colmena que le fuí a alborotar, y que tanta miel le siguió echando; sí señor.

—Hombre, ya viendo —se chancó el curandero—; ladrón que robar a ladrón.

Y miró pensativo el fondo ya vacío de su jarro.

—Diga mejor: vivo que le ayuda a vivo —sonrió Jovelino—

—Jm —el viejo—, o usurpador que usurpar a usurpador.

—Qué me cuenta usted, doctor, qué me cuenta el curandero sinvergüenza— dijo y guiñó un ojo la Gaitán, recibéndole el jarro.

—Thank you, m'am... ¿And what? Vos quedaste mi amigos porque yo para pagando siete colonas—, y se largó una risa de negro y muy señor mío—. Thank you, m'am; buen cafecito—. Luego dijo:

—Carambas, pues para siendo franco, algo saber este viejo de esa historia. Un buen cristiano como yo también poder para echar sus cálculos. El coronel que tan bien se la sabiendo hacer al grandote, ¿cómo iba siendo que vos portarte mal con el pequeña? For God, míster Gaitán, que me asustaste con la pistola. Creí que fallando mi previsión de usurpador que usurpar a usurpador de usurpador.

Y esto último lo fue riendo y diciendo míster Hamilton con mucha dificultad de lengua, acompañándolo con ayuda de los golpes que su martillo daba y daba sobre un clavo herrumbroso.

—¿Qué te parece, mi Nina —le venía diciendo el coronel mientras se dirigían a la casa y el negro se metía en la suya, ya casi terminada—, y ese chocho

curandero es el mismo que aquella noche nos gritaba nicas malos, que él “no querer molestias con blancos sanababich”, y qué sé yo cuánto más? Ahí donde lo ves, tiene casi ochenta años, y esos cipotes, cuando le pregunté de quién eran, dijo que de una pobrecita madre que se fue a Panamá a buscar vida, pero allá “ella sólo encontrar muerte”.

—Eh, mirá qué negro mentiroso; si son sus nietillos.

—Qué voy a saber yo. Qué va a saberlo nadie. Lo cierto es que el viejo quería venir a instalarse por acá, porque dice que aquí tendrá buena clientela entre toda esa resaca de gente de la playa; y hasta entre nosotros, los potentados con finco escriturado. Ja.

—No es tonto el viejo chumeca. Aquí las autoridades no lo molestarán más de la cuenta.

—Hicimos bien; ¿no es cierto?

—Pero andá que tiene tragaderas. Porque eso de exigir que por los siete pesos le demos también para cercar un pedazo de patio, ya es agarrar el codo más la mano que se le tiende.

—Ja —argumentó el marido, guiñando el ojo—, codo o mano, creo que tendremos que aguantárselo. Si no, ¿dónde diantre van Buck y Joe a poner la conejera? ¿Crees que no te oí cuando les ofreciste la coneja habilitada, la blanca aquella de ojos rosados, que por lo menos les parirá una redada de nueve?

La coronela lo volvió a ver de reojo, sonriendo con malicia:

—Ah mi coronel, siempre el mismo —dijo palmoteándole la espalda.

Y él, mirando a los negritos, que correteaban con el faldero, por la playa:

—Ah mi Nina, siempre tan igualita a mi coronela, que tan buena sombra me da.

Y uno y otro pensaron lo mismo; pensaron que hasta entonces habían sido una pareja de viejos conejos solos, tal vez muy solos, guarecidos en aquella su gran casa de ocho por ocho varas, como dos tontos.

Cien aguaceros cayeron y pa-



Calidad Superior...

desde hace muchos años le brinda a usted

IMPERIAL

LA MEJOR CERVEZA QUE SE FABRICA EN COSTA RICA!

West Side Story

En los Estados Unidos, en materia teatral, el criterio que prevalece y el que decide del buen éxito de una comedia es el expresado por los críticos dramáticos y el público de Broadway. Sin embargo, antes de afrontar esa prueba decisiva, es costumbre estrenar las obras en ciudades de menos importancia como Boston, Filadelfia y últimamente, y

cada vez con más frecuencia, en Washington.

Ese período de "rodage" permite a los actores perfeccionar su actuación ante el público, al autor revisar su trabajo, cambiar escenas, hacer recortes para aliviar la comedia y al empresario calcular el posible éxito de taquilla, y, si lo considerare dudoso, retirar la obra para no correr el

riesgo de fuertes pérdidas en un teatro de Nueva York. Además, los críticos dramáticos dan su opinión y los espectadores la aprueban o la desechan. Todos estos factores permiten predecir el futuro de una comedia. Washington, en ese caso, en un campo de experimentación teatral.

En esta ciudad se estrenó, hace unos meses, una nueva comedia

musical, "West Side Story". La música es de Leonard Bernstein, el guión de Arthur Laurent y las canciones de Stephen Sonheim. La representó un simpático grupo de jóvenes de poco renombre. El éxito fue extraordinario: el público la aclamó y los críticos la elogiaron; se le comparó a las grandes obras clásicas en ese género: Oklahoma, South Pacific y My Fair Lady.

Por Yvette Castro.

La obra es sencilla, ingenua: trata de una historia de amor, la eterna historia de Romeo y Julieta, mas una Julieta y un Romeo que viven hoy en el West Side de New York, donde el espacio vital se va encogiendo por la llegada de olas de inmigrantes. Las dos facciones opuestas de la obra de Shakespeare están representadas en esta comedia por dos bandos de jóvenes que pelean un espacio de calle, único lugar de recreo. Un bando está formado por puertorriqueños recién lle-

saron, tronaron y se fueron, y cuando en la conejera de Buck y Joe había ya muchos conejillos, en una que Julius Hamilton se descuidó llegó el mujerón aquel y se le acomodó en su patio. Ah señor; ladrón que roba a ladrón. Ya él lo había dicho.

Lo mismo que tantas otras gentes desplazadas, en busca de vivir había venido a Limón desde Turrialba, muy mujer sola con dos hijos, el uno tan jovencillo; el otro tan manco. En un ingenio de azúcar le había salido sobrando el brazo derecho.

Halló que en el patio del negro bien cabía su dos por tres. Y mientras el viejo andaba en Guápiles consiguiendo unas yerbas milagrosas que por allá se dan, tortugona lista y bien aconsejada, se le metió a poner sus huevos en el terreno, como Pedro por su casa, una noche de lluvia y ventolera.

Cuando Julius regresó, encontró el covachón intruso ya muy encaminado, y que, así como en el sombrero del payaso caben tantos sombrerillos, la casa de Brígida Urbina también tenía patio a medio crecer dentro del ya estrecho patio que a él le había cedido el matrimonio Gaitán.

¡Los ojos como dos cocos de grandes que puso Julius Hamilton!

—Oiga, míster —le fue soltando con toda desfachatez la mujerota—, cuando llueve todos nos mojamos.

—¿Y qué decíme vos con eso?

—Hombre, que si usted se la hizo al coronel, yo se la hice a usted, ni hablar—, y se lo quedó mirando impertérrita, con ojos de cangrejo.

Bueno; la que se armó fue otra vez de las que suenan y se oyen.

—Ah sí, cómo no; ¿quería que yo me fuera a levantar mi rancho en el puro mar adentro? Se fregó, negro alagartado.

—Yo sólo querer que vos se va de mi yard, nada más. Esta ser tierra mía. Yo paga el coronel mis colonos. Usted busca para en la playa baja.

—No me diga, amigo —la mujer bien puesta en jarras—; ¿y cree que iba a arriesgar mis pertenencias allí, cuando bien se sabe que cada tantos años a ese arenero se viene el ras de mar y en toda la playa no queda nada ni para contar el cuento? Pero, a ver, búsqieme un rincón. ¿Cree que no lo hice antes? Todo tiene doce dueños.

—A mí qué me importar. Yo no quiere molestias con blancos. Yo negro doctor para bueno. Yo sólo para mi tranquilo, con Dios y con el señor coronel. Voy a traerte la policía—. Y el negro

gesticulaba, a la sazón armado de un gran caracol.

—Ja ja; a mí no me asustás vos, tiburón sin dientes —vociferaba la mujer tan alto que las olas casi se callaban—. ¡Policía por estos lados! Te la echamos a vos, por matasanos sin título, negro acaparador. ¿Y la que te sancocho con todas ellas, las mujeres de la playa? Ya se habla de que las autoridades quieren destruirles sus ranchos por yo qué sé cuáles leyes de sanidad.

Entre la gente que venía llegando al escuchar tan fuertes los repiques, se encontraba también el coronel Gaitán. Acertó a oír cuando Julius gritaba:

—Vieja bandida, cangreja, langostina; usted ser una usurpadora.

—Que usurpa a usurpador de usurpador de usurpadora, Julius Hamilton— siguió a toda voz don Jovelino, y había que ver cómo se payaseaba de la risa—. Esto ser milla marítima, señor doctor —agregó remedando la jerga de aquél—; esto ser para de todos, jajaja, ser del Gobierno.

Ahogándose de tanto reír renqueó hasta su corredor. Desde allá le disparó al viejo:

—Mirá, Julius; mejor es que le cobrés dos pesos mensuales, y sanseacabó.

Y todavía riéndose entró en su casa.

No había caso; esta vez, resolviendo de furia, fue el curandero quien tuvo que rascarse el enredijo blanco de su cabeza y acabar, días después, ayudándole a Brígida Urbina, con todo y sus ojos de cangrejo, a terminar el rancho y su cercado, convenido lo del par de pesos; eso sí. Y en tanto que Roberto, el casi un niño, iba a Limón a ganarse algunos colonos de cargador en el muelle, Carlos, el manco, también fue teniendo conejera, que inició con la coneja negra que le regalaron Buck y Joe.

Pero, paciencia, ustedes, que aún no termina la historia.

Sucedió que a los días, pasados otros cien aguaceros, Buck y Joe encontraron en la conejera de Carlos una enorme gata morisca, pobre y flacucha, bien arrellanada en el echadero de la coneja madre, mirando con ojos de inocente. Acababa de parir cuatro gatillos, y maullaba.

Y aunque seguramente, muy seguramente, había habido carromera entre conejos y gata, ya para entonces la gata y los conejos estaban viviendo en paz, y tratando.

En medio de todo aquello, el coronel y la coronela, mecidos por la brisa del mar, miraban su obra, y sonreían.

Prosas de Rubén Coto

El Médico de las Muñecas

He cambiado de domicilio. La puerta de mi cuarto da ahora a un patio de vecindad trajinado por gentes de los más variados estilos. Contiguo a mi ventana se abre todas las mañanas en solitud de la bondad solar, la ventana de mi vecino más próximo, un viejecito rubio, extramurano, gran lector de Voltaire, y que rima en un antiguo violoncelo el placer que le produce el sol mañanero. Más tarde mi vecino sale a la calle con un cesto al brazo, y va de puerta en puerta en las casas de familia en busca de juguetes rotos y muñecas por reparar. Su popularidad en nuestro barrio es cosa ya bien comprobada, y por acuerdo tácito del vecindario se le conoce con el nombre de El Médico de las Muñecas. Por lo demás, mi vecino es persona de excelentes costumbres dentro de una vida de epicureísmo exquisito.

A veces nuestro patio se llena de alegres vocécitas y de risas cristalinas; son las pequeñas que vienen a casa del Médico con el objeto de informarse de la salud de

alguna enferma, o en busca de una receta para una rubia recién venida de París y que, ¡ay!, desmejora en la gloria de sus rizos. El viejo sonríe achicando sus ojillos de un verde marino, y luego se pone a hablar a su amable clientela en tono paternal, sobre asuntos de higiene doméstica aplicables a la salud de las señoritas muñecas.

Ayer tarde por un momento me sentí pueril. Sobre mi ventana caía el crepúsculo, en la de mi vecino gemía el violoncelo; abrí la urna de mis ilusiones y encontré que la mayor parte estaban rotas... ¿A dónde llevarlas? Y fue entonces cuando estuve a punto de acudir con ellas al peregrino taller del viejecito extramurado.

La Mariposa

Venía columpiándose en la última hilacha de la luz de la tarde y se detuvo en un rincón del marco de la ventana. Era una mariposa de grandes dimensiones, de alas color de la endrina, preajio de quién sabe qué dolor.

La busqué al día siguiente al

amanecer, y allí estaba, tranquila, en el sitio de la víspera, inmóvil, fija, oscura; era una nota disonante en el brillante concierto precursos del día. En eso sonrió el sol y su sonrisa, al bañar las negras alas de la mariposa, despertó en ellas, en un punto no más, vâgos cambiantes de zafiro...

Oscura mariposa es mi existencia, nota doliente en el concierto de la vida. Y si alguna vez por breves momentos se tiñó de ensueño, fue sin duda en un amanecer lejano, al sentir sobre las alas la sonrisa acariciante de tu ternura.

La Carta

Han llamado a mi puerta con golpes suaves, con mano de niño. Es una viejecita vecina, de mano trémula, de acento trémulo; es la madre del hijo que no ha vuelto, y que me busca para que le haga una carta en un pliego pequeñito que me extiende con timidez. La anciana toma asiento cerca de la mesa en que escribo, y yo la insto a que me diga que ha de llevar la carta. No me contesta, me mira fijamente, se le nublan los ojos y solloza, solloza...

Afuera va pasando una vaca que llama con acento doliente al crío que pereció la noche anterior en el barranco...

Siento dentro de mí, el alma de la anciana... y ya sin vacilar, me pongo a escribir la carta.

A distancia, junto al barranco, se oye que brama doliente la misma vaca.

El Grillo

Comparto la soledad y el silencio de mi alcoba con un grillo que desde el último invierno vive recluso en mi cuarto, elevando a la noche su tímido salmo.

Si leo y mi compañero canta, su acento me hace la impresión de un índice que fuera guiando mi pensamiento en las páginas impresas; si medito, el canto de este grillo es un estímulo para el espíritu del artista; y si sueño, se diría que un cascabel sonoro sale con júbilo al encuentro de la ilusión que llega.

Esta noche mi compañero ha abandonado su rincón habitual y yo percibo su acento muy próximo. Lo busco en todos sentidos y al cabo lo encuentro instalado en el interior de mi vieja pipa de cerezo, testigo de los ensueños que volaron en espirales, como el humo...

Oculto dentro de mi pipa, como ermitaño dentro de su gruta, el grillo sigue cantando.—Vamos, franciscano, ya es tarde y el poeta desearía fumar...

gados y el otro por americanos, pues así se denominan ellos porque sus padres inmigraron antes que los puertorriqueños, y por consiguiente, ya se sienten con derechos adquiridos y rechazan a los intrusos latinos de lengua y costumbres diferentes.

El "gang" puertorriqueño se llama "Los Tiburones". Son de piel cobriza, pelo negro y gestos felinos: usan pantalones negros y camisas de seda roja. El "gang" americano, "Los Cohetes", son de piel rosada, cabellera alborotada y gestos explosivos. Usan pantalones de terciopelo claro y camisas de colores vivos: ¡un arco iris!

Romeo, el líder de los Cohetes, es hijo de poloneses y aprendiz pintor; Julieta, hermana y novia de Tiburones, es criueña con facciones de virgen: se llama María. Ambos se encuentran en un baile organizado por el policía bo-

nachón del barrio con la ingenua intención de establecer amistad entre los bandos enemigos. Ocurrió que el líder de los Cohetes se enamoró de María y ella le correspondió. Explosión de odios entre Tiburones y Cohetes. Se encuentran en una calle oscura y pelean. Sería pelea con cuchillos que termina con un saldo de dos muertos, uno en cada bando, naturalmente. En el último acto, a pesar de la muerte de un hermano de María y de las rivalidades entre las dos familias, Romeo se casa con Julieta (María) y se espera en el futuro una nueva generación de genuinos americanos ya bien asimilados —*clean cut*—. Pero el novio de María mata al líder de los Tiburones. En esa forma queda a salvo su honor de caballero latino, venga la muerte de su compañero puertorriqueño y consigue ante los ojos de sus amigos, gloria por haber matado al jefe de los

Cohetes. Llega María a tiempo para ver morir a su Romeo; se acercan Tiburones y Cohetes, levantan el cuerpo y todos desfilan. Se olvidan, ante tanto dolor, los odios de los dos bandos; ya son amigos... Cae el telón.

Tal es la comedia musical "West Side Story". Intriga trivial, motivos conocidos, lugares comunes, sentimientos y amores explotados desde hace años, en fin, un melodrama mediocre y, sin embargo, contiene un fondo social de suma importancia en los Estados Unidos: el odio de razas.

El famoso "melting pot" no es una realidad aún y los sociólogos comprenden el peligro para una gran nación de la poca armonía que existe entre sus conciudadanos y es preciso borrar el antagonismo racial. Ese es el verdadero sentido de la obra y así lo comprendieron los espectadores al aplaudirla bajo la influencia de

la música y de un sentimentalismo benévolo.

"West Side Story", en ese sentido, es una obra generosa y loable: tiene el encanto de la juventud con sus canciones y bailes y sus actuaciones violentas debidas a las pasiones que hierven en los adolescentes por los prejuicios que pesan sobre ellos y que instintivamente los obligan a formar bandos con sus líderes y entrar en luchas, a veces sangrientas, para afirmar su poderío y su derecho a vivir... actitud enérgica que no deja de tener belleza y heroísmo. Ese cuadro de dolor y entusiasmo juveniles es el que refleja esta comedia musical realista y sentimental. Ella tiene un alto significado para los americanos que gustan de manifestaciones fuertes y de entemecimientos cándidos, elementos primordiales en el alma popular estadounidense: de ahí el gran éxito de "West Side Story".

De nuestra vida

PARA ROGELIO SOTELA

Soy la esposa de un hombre que le dió nombre y gloria a Costa Rica. Que puso muy alto el nombre de la Patria en naciones extranjeras; que allí donde él estuvo nuestro pabellón flameó orgulloso. Que consagró su vida al bien de la Nación, reformando leyes y creándolas (el único legislador sobre divorcios desde fines del siglo pasado). Tendieron sus leyes a proteger al desvalido; al hijo que con humanos derechos al caer de un padre no conoció el amparo de éste; a salvar de la ignominia a aquellos que sólo un nombre llevaban; a que los hogares en los que campea la discordia —como envenenado ejemplo para tiernos hijos— pudieran disolverse sin escándalo, dando así derecho a ambos cónyuges a reparar un error para el que no hay razón de consagrar la vida entera. Cauce de nuevas fuerzas fue su esfuerzo por depurar y pulir el idioma que de la Madre España heredamos y al que no es de justicia degenerar por negligencia de dicción, negligencia debida a la uniformidad de nuestros climas, que ni siquiera nos dan bríos para cultivar la tierra que la Naturaleza nos legó pródiga. ¡Somos un país agrícola!, y es Ley de Rogelio Sotela "La Ley de Árboles Frutales" —vigente— presentada al Congreso, Ley N^o 17 de 25 de junio de 1930, que, si hubiera regido desde entonces tendrían hoy todos en su patio un árbol produciendo; y los dueños de fincas rurales cuatro árboles por hectárea "de fruta de acuerdo con el clima y altura a juicio del propietario". Y Costa Rica tendría hoy fruta al alcance del pobre, porque hoy la fruta es un lujo que sólo en la mesa del pudiente puede verse. Existe una Ley de Rogelio Sotela para árboles frutales, hay una tierra feraz, hay por razón de la Naturaleza y de esta Ley, elemento para que tengamos fruta.

Este Legislador, este Maestro de la Lengua, este Señor de la Cultura que esparció su palabra florida más allá de las fronteras, dando a conocer a nuestro pueblo, nuestra legislación, nuestra

Nación diminuta y risueña pero grande en porvenir; nuestra Costa Rica como Grecia, pequeña en extensión, será grande como fue Grecia en su apogeo porque el porcentaje de sus hombres cultos va a la cabeza del mundo.

Este Maestro de Maestros, este Señor de la Cultura fue un niño de mirada clara y dulce sonreír de cielo; humilde y sumiso a su madre que fue pobre y viuda muy pronto, —una noble mujer que sólo el bien ha hecho en el mundo y a quien el Dolor ha golpeado por años muy largos— grande y querida amiga de mi madre. Desde entonces Rogelio y yo nos conocimos y fuimos de esas almas que describe Maeterlink amándose más allá de los tiempos; empezando a vivir nos conocimos, vinimos para nacer juntos en el mundo. Éramos del mismo barrio y era yo su Anabel Lee. Desde entonces nuestras almas se encontraron y a través de las etapas de la vida fuimos juntos. Yo ví sus primeros versos; yo recibí la gloria de su primer trofeo —cuando apenas la vida era para nosotros promesa en lontananza— y fue aquella noche cuando nuestras almas definitivamente se unieron en la tierra, y unidas siguieron desde entonces hasta el día doloroso en que asomando apenas el sol en el Oriente mis manos se enlazaban con sus manos frías y se helaron mis labios en su sien ya helada. Aquellas sienes de tibieza tierna en que la seda suave de su helénica guedeja de Cantor, refrescó tantas veces mi mejilla que con ternura inigualada a ella se juntó en gesto maternal cuando la Vida nos dió su alegría, o la adversidad nos dió algún dolor.

Una noche encantada, en víspera de dulce Navidad, el bello mes de diciembre nos regalaba una fecha —que fue nuestra, 22 de 1917— en que nuestra sublime religión bendecía con lazo divino y terrenal la unión que ya se había realizado en planos cósmicos desde una eternidad. Y Cristo fue siempre nuestro lema.

Cristo embellecía la cabecera del lecho nuestro; Cristo iluminó

nuestra senda para el caminar alegre, como para la undisona lucha con el mundo; para el sereno y meditativo estudio, en el que tanto cultivamos nuestras mentes y para el plácido descanso en que portadora de ensueño la Vía Láctea remota, nos hizo olvidar los afanes de la vida allá en un pequeño remanso, muy cerca de "Las Nubes", que le brindaba con frecuencia un descanso al trajinar cotidiano. Bajo nuestro techo bendito sonaron siempre las risas de seis hijos. Jamás la discusión que surge a veces tras el cariño fraternal ni la esulta pelea de chiquillos que crecen se oyó bajo ese techo. Allí todo era bendición, allí fue el mundo todo amor; allí Cristo iluminó los corazones y bendijo la paz de nuestra casa hasta el día en que sobre dos manos cruzadas fulgió una cruz de plata. Pero siempre siguió Cristo bendiciendo la senda del dolor.

Ese niño de dulce mirar y sonreír de Cielo, fue ya hombre, el hermano generoso, el más tierno de los hijos, el padre más solícito, el esposo más amante. Alguien en frase condolidada me decía: "Ha quedado usted sin el compañero que supo ser en torno suyo marido, amante, cantor, amigo y hermano". ¡Esto era para mí! Y yo quise además de hermana, camarada y amiga, ser siempre otra madre para él. En él amé al hombre, pero ante todo al poeta! ¡Amé en él al poeta y fui su más devota admiradora! Y discurrió nuestra vida descubriendo en todo la belleza que en torno a todos Dios dispone. Porque además, como privilegio tuvimos, el recorrer las grandes capitales en perfecta comunión de almas: en la rutas del aire la nube nos dió su secreto, y como niveo mensaje, nos dieron su espuma las rutas del mar. Peregrinos del Ensueño por todos los caminos, siempre éramos felices cuando íbamos juntos: el Potomac de riberas florecidas, nos prestó sus aguas mansas; el Misisipí anchuroso nos regaló sus tardes en que, el sol, como enorme frambuesa, iba lentamente desapareciendo en las

aguas de zafir. Enfilados perales florecidos en la estación más dulce nos dieron su follaje desde el cuadrante de la ventana de un rápido de plata. Fábricas lejanas y humeantes, levantando como espejismos sus chimeneas y sus torres al otro lado de los campos... Cúpulas y mármoles; místicas Pirámides cargadas de silencio; canales de San Antonio de Texas; canales de Xochimilco en la laguna azteca; ríos majestuosos, lagos de ensueño, cumbres nevadas... y al final, el regresar feliz al techo amado donde amorosos corazones esperaban anhelosos.

El arte nos sedujo, y nos transportamos con los lienzos de Pablo Veronés; divagamos con el Bósforo azulado en Laurence Alma Tadema; y muy jóvenes tal vez, nos sumergimos en Platón, en Emerson, Carlyle y Swendenborg. Jamás el prosaísmo clavó su herrumbre en nuestro mundo cotidiano, ya que en todo pusimos un toque de idealismo.

Era Silva su poeta predilecto y, así, en un poema dedicado a mí, termina: "Sé tú la hermana Elvira y yo José Asunción". Y es a José Asunción Silva a quien dedica su primer poema laureado. También Nervo y Valencia, Herrera Reissig y Carriego, Sor Juana y Medardo Angel.

Una de las bibliotecas más selectas fue la suya en que, joyas que talló el buril, sus trofeos lucen en oro. Labor de una vida seleccionar allí los más grandes autores, las más célebres obras, y entre tanto y tanto volumen. ¡quince libros salidos de su pluma! En ellos mis ojos se extasiaron al caminar de la escritura. Yo vi el alma de sus libros; yo ví crecer su espíritu. Entre todos los seudónimos que usó hubo uno —el más querido para mí— que me sugería siempre una gentil silueta, así como la suya... era "Eugenio de Triana", que llenaba las páginas en Revista *Athena*. De ahí surgió más tarde un nombre para nuestra Radio *Athena*, que a través de su antena, a la hora en que el Ave María alza su vuelo llevando con la luz de la primera estrella su mensaje de paz a los hogares de la tierra, la voz de Rogelio Sotela, vive todavía.

San José, Costa Rica,

Julio 13 de 1950.

Poesía y Prosa de Rogelio Sotela

Leyendo a Platón

*Para ti, Amalia,
que en el nombre llevas
las letras del alma.*

Por Rogelio SOTELA

Después que hemos leído juntos a Platón me he quedado frente a tí, mirándote, y he visto como en una ojiva el radioso esplendor de una estrella. Mi corazón se asoma a tus ojos y mira allí el contorno armonioso de la palabra Amor.

Amor es lo bello buscando lo bello; Amor es la idea suprema del bien; Amor es la adquerencia de lo bueno para el sér; Amor es felicidad; Amor es identidad, continuidad de pensamiento. Platón hubiera embellecido más sus páginas si hubiera estado frente a tí, que eres Amor, que eres Sabiduría, que eres Belleza!

Mi corazón se asomó al tuyo como a una ojiva y vió el contorno armonioso de la palabra Santa. Tú lo eres todo, Amalia; tú lo tienes todo, hermana; tú lo serás todo, amada! Junto a tí se hace noble la vida y se sutaliza todo.

¡Quién hubiera nacido el día

del dios Apolo; quién fuera tocado en los labios por las abejas del Himeto para cantar en tu loor! Emoción inexplicable y honda das tú a quien te vela amándote ¿Cómo explicar ese momento de sensación pura que procuras? ¿Oíste alguna vez una melodía de Beethoven o una sonata de Bach, cerraste las pupilas soñadoras y sentiste una ablución angélica? Al pie del altar, sumida el alma en Dios, cuando se alzaba la hostia para tí, ¿oíste el trémolo del órgano enredado en las gasas del incienso?

¡Exaltación purísima de lo eterno, de lo eterno, de lo grande, de lo único verdadero que existe: Amor!

Se siente venir a los ojos un dulce lloro y la voz quiere subir a la garganta para decir a tu oído: ¡Amor, Amor! ¡Y tener entre las manos el óvalo puro de tu rostro y mirar una eternidad en tus pupilas! ¡Y sentir que la vida se refiere a ese momento, mientras el corazón se precipita y las manos oprimen otras manos, y el labio febril, suspende el alma en un beso puro; se queda así frente a tí! en un éxtasis celeste, en una emoción única y santa.

LECTURA INTIMA

Como todas las noches
leíamos los dos.
De pronto vi que se dobló su cuello
—como si se doblara alguna flor—
y rendida quedó sobre la mano
que apoyaba al sillón.
La vi con tan serena mansedumbre
que tuve la impresión
de que si suspendía la lectura
que hacía en alta voz,
despertaba del sueño en que, rendida,
quedó como una flor.

Y porque no saliera de su sueño
seguí entonces leyendo en alta voz
las líneas que seguían
del libro de Platón:
"Es amor verdadero
el que está en la suprema comprensión,
cuando del propio fondo de las almas
se levanta su imagen hasta Dios..."

1923.

MOMENTO

Vuelve a estar sereno el cielo
de mi mundo interior...
La tempestad abrió sus alas
en tremendo aquilón
y dudé de mi...
Tal era
de inquietante mi dolor!

Mas ya pasó el turbión horrible
y me siento otra vez el corazón

RENOMBRE

Por fin te complaciste
en ver tu nombre escrito junto al mío.
Ya ves qué fácil el renombre viste
y qué fácil buscaste señorío!
Dichoso tú que encuentras sin fatiga
tan fácilmente lo que cuesta tanto...
¿Estás contento ya? Mi mano amiga
ni siquiera por eso te fustiga,
te miro, paso, y me rajo el manto,
no vaya a salpicarse de la intriga
que te complace tanto!

PARA AMALIA, MI COMPAÑERA

Esta pena tan honda, tan tenaz, se diría
que ha encendido en mi alma como una nueva aurora,
pues todo es ya distinto y hasta tu amor, ahora,
es un amor más grande, más grande todavía.

Siento como si fueras un aliento divino
incrustado en mi espíritu que me da su efluencia...
Todo es en mí tu imagen y por donde camino
veo que todos mis pasos los guía tu presencia.

Ahora he comprendido mejor que el otro día
la lectura que juntos hicimos de Platón;
ya conozco el secreto de su filosofía,
lo conozco y lo llevo dentro del corazón.

¿Ya ves? Cualquier angustia guarda una cosa buena:
hemos ganado el cielo pues te quiero mejor,
y estrujado y en llanto y sufriendo mi pena
bendigo a Dios que ha dado a mi alma ser serena
y ha hecho que mi vida se ilumine de Amor!

Puntarenas, Diciembre de 1925.

La poesía de Francisco Amighetti

Por Luis FERRERO ACOSTA Especialmente para "Brecha"

Ensayo premiado por la Academia Costarricense de la Lengua, con el Premio "Eloy González Frías". 1955.

PROEMIO

Muchos aprecian a Francisco Amighetti como pintor y xilógrafo; en estos aspectos es bien conocido, pero ignoran su temperamento de escritor, que es necesario conocer para completar la órbita de su obra artística.

Su libro *Francisco en Harlem* (1), por ejemplo, nos lo manifiesta en la palabra escrita como un auténtico evocador de ciudades y exóticos ambientes, libro en el que las maderas originales concurren a dar calidad artística a la creación. Los más leídos saben de la prosa de atisbos críticos de Amighetti, de su narración accesible y amable, pero pocos son los que conocen su poesía. Por sensibilidad sus poemas son líricos, sencillos, reposados, concisos y claros; se muestra en ellos *saudoso*, con amor y apego al terruño. En este análisis estaremos su aporte poético a las Letras Costarricenses.

Antecedentes poéticos.

El célebre crítico Enrique Diez Canedo, en un ensayo sobre Rosalía de Castro, nos recuerda que: "cuando todos declaman o cantaban, ella se atrevió sencillamente a hablar" (2). Era la



época de riquezas suntuosas, derroche opulento de léxico y musicalidad; en fin, una etapa altisonante en la poesía. Claro está que una voz hablada suavemente como la de Rosalía, chocó y hasta fueron negados sus *Cantares Gallegos*. En Costa Rica sucedió algo semejante; nuestros poetas, tenían gran apego a las corrientes del siglo anterior, cuando Roberto Brenes Mesén publicó su libro *En el Silencio* (1907) con el que rompió virilmente viejos prejuicios.

Las convulsas corrientes literarias europeas, antes y después de la Guerra Mundial de 1914-1918, iniciaron la "orgia de los ismos" de tanto renombre inmediato en las principales ciudades americanas y de tan lejana

influencia en Costa Rica. José María Zeledón sirve de puente entre el grito renovador de Brenes Mesén y las inquietudes de manidas, tan del gusto en el ambiente costarricense, pero fue incomprendido y su obra tuvo poca resonancia por lo limitado de las ediciones y la circulación Rafael Estrada. Mientras se debatían los "ismos", Estrada luchaba por abrir costados vulnerables a corrientes poéticas muy en el extranjero. Su voz llevada por el *Repertorio Americano* despertó a muchos: puede decirse que gracias a este vehículo no paso inadvertida del todo pues constituyó un vocero valiente y adecuado por la significación que tiene en la intelectualidad hispano parlante.

En la década del veinte moviase en América una gran lucha poética por la originalidad, solicitada a veces con falacias y extravagancias. Y, en medio de tantas bregas nació una revista argentina, *Martín Fierro*, dirigida por un grupo ultraíco en cuyas páginas se colaban en Costa Rica, por intermedio de Francisco Zúñiga, Juan Manuel Sánchez y Francisco Amighetti, nuevas inquietudes literarias y nuevas tendencias en artes plásticas.

Mientras los "ismos" conmovían a intelectuales de grandes ciudades europeas y americanas y se peleaban por ellos, nuestros poetas —salvo unos pocos—, "cincelaban el verso" y lo tenían como oficio mecánico convertido en rutina, cayendo en la vacuidad y negación poéticas, desvirtuados por abuso estilístico e idiomático lleno de exotismos, parques modernistas, lagos, cisnes, piedras preciosas... Existía también abundancia de literatos de concurso, sonetistas a reina de belleza, cursis y arqueológicos.

Era fácil esperar la protesta contra los convencionalismos formales y cuando ésta vino, los poetas *Post-Modernistas* tendieron a la renovación de la poesía no por un sentido vulgar de lo novedoso sino por la necesidad de formas nuevas, y sobre todo, para librarse del peso acumulado en la suntuosidad y riqueza de la tendencia anterior. Por eso cantan el horizonte familiar, la vida de los humildes y la vida provinciana. (En Costa Rica y muy poco antes que Amighetti, el poeta Asdrúbal Villalobos plasma con cierto vigor esta tendencia). Esa inconformidad de los *Post-Modernistas* es la que anima la poesía de Amighetti, de ahí que en lo externo de su arte se emparente con los rebeldes "ismos" tan mencionados y de los cuales se abusó —y se abusa— para sinúmero de charloteos.

Con cierta simultaneidad, Max Jiménez y Francisco Amighetti publicaron poemas, el primero con su tomo *Gleba*. (París, 1929) y el segundo dio a través del *Repertorio Americano* poemas breves con incentivos un tanto ultraícos exentos de puntuación. Luego evolucionó a formas más personales, pero siempre continuó con voz simple y sutil en expresión, con temas sencillos y sobrios despertados por su amor y apego a la tierra nativa; poe-

(1)—Amighetti, Francisco: FRANCISCO EN HARLEM. Con 31 grabados en madera del mismo autor. Ediciones "Galería de Artes Centroamericanas". México, D. F. 1947.

(2)—Diez Canedo, Enrique: UNA PRECURSORA en "obras Completas de Rosalía de Castro". Recopilación y estudio de V. García Martí. Aguilar S. A. de Ediciones, Madrid 1952, p. 173.

mas de construcción libre por excelencia, patentizadores de una gran nostalgia, en que predominan los recuerdos infantiles y el ambiente de la provincia, desarrollados después en un fuerte deseo de viajar, un vago sentimiento de soledad y angustia.

Amighetti se inicia en 1928 y continúa publicando de tarde en tarde hasta 1936, fecha en que el *Círculo de Amigos del Arte* reúne parte de su obra en un poemario; sigue escribiendo pero la mayor parte de su producción se queda inédita. Por su aparición y la trascendencia de su obra Amighetti viene a ser el exponente de un período de transición en la poesía costarricense, que encontró resistencia pasiva, subterránea que despertó la nueva corriente lírica que fue recibida con extrañeza y escepticismo y, aun con burlas sangrientas, como en los casos de Estrada, Jiménez y otros.

Años después se integra un grupo bastante cohesionado, despierto e inquieto por formas y tendencias recientes de grandes poetas europeos de ese momento y a partir, más o menos, de 1930 hay cierto sosegamiento, siguiendo, sin embargo, profundas huellas de García Lorca, Juan Ramón Jiménez y Rafael Alberti. Entonces surge un grupo de juvenli alegría de relativa bohemia y aparecen con fuerza Carlos Luis Saénz (ya él publicaba desde varios años antes pero lo incluimos en esta época porque es a partir de esta fecha cuando se observa más prolífico); Fernando Luján, Adilio Gutiérrez, Arturo Echeverría Loría, Luis Morales, Joaquín Gutiérrez Mangel y esbozándose por influencia de las lecturas de la revista *Martin Fierro* capacidades poéticas en los escultores Francisco Zúñiga y Juan Manuel Sánchez. De aquí en adelante viene la obra de Arturo Agüero, tan cercano al romance Fernando Centeno Güell, Fabián Dobles, Alfredo Cardona Peña, José Basileo Acuña, llegando a Alfonso Ulloa, Ninfa Santos, Arturo Montero Vega, Eunice Odio y Virginia Grütter (3).

Los poemas.

Planteado ya el marco histórico de la aparición de Amighetti en la Literatura Costarricense, es preciso indicar algunas características de sus poemas, dispersos ocasionalmente en periódicos y revistas, con especialidad en las páginas del *Repertorio Americano*, desde 1928 a 1936.

Constituyen los temas recuerdos infantiles de la antañona provincia, el sentimiento que la anima, escenas cotidianas evolucionadas luego a una nostalgia patente aun en los poemas movidos por el perenne afán de viajar y, aparecen también la soledad y la angustia...

Por la precisión limpia, emotiva, por sus condiciones asequibles a la popularidad lo creemos poeta de entraña popular. Primeramente señalaremos la entraña popular que encierran porque "popular es todo aquello que

da materialidad, de modo real a conceptos de la vida humana vividos y mantenidos latentes a lo largo del tiempo". En conclusión son populares porque contienen la esencia afectiva mantenida latente en el autor durante mucho tiempo, como lo comprueban los poemas que guardan recuerdos pueriles y añoranzas de Heredia, la ciudad provinciana.

Todos son líricos por sensibilidad del autor y, no debe escapárcenos, que la poesía de nuestra época es lírica por preferencia y apenas existe un gusto por lo épico. Los poemas de nuestro autor son concisos y desnudos, se sirven del lirismo y muchos son rápidos fogonazos llenos de sugerencias apenas esbozadas; su vigor expresivo no excluye la desarmonía e imperfección como lo podremos notar en algunos.

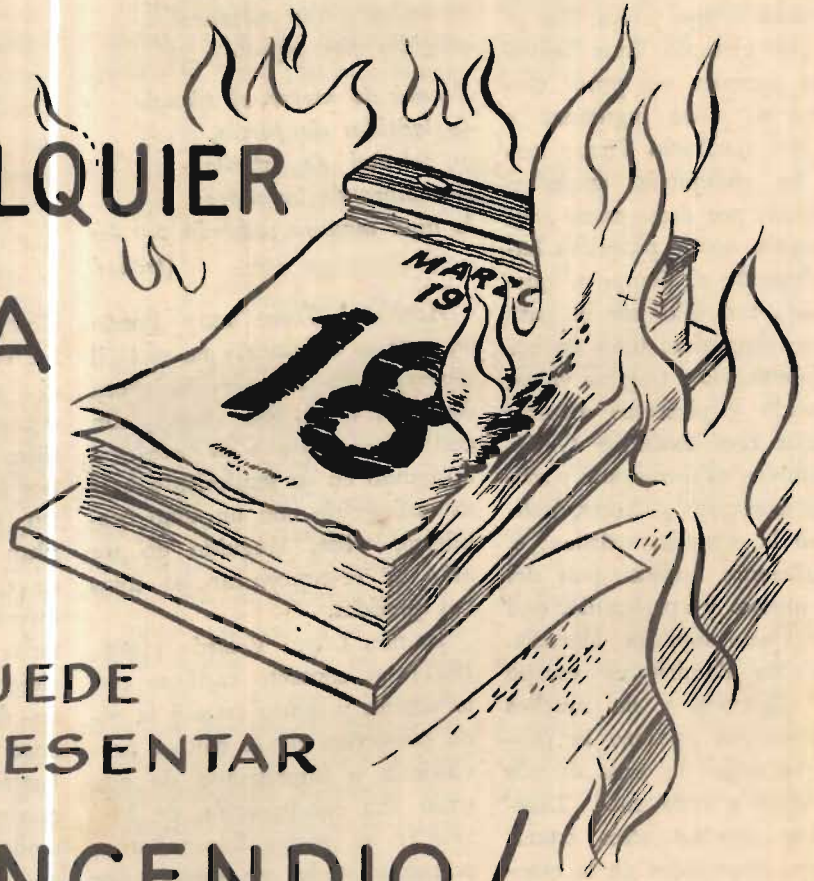
Sin embargo, están trazados

con cierta calma de estilo, modestia, simplicidad y hondura emotiva que los hace simpatizar con el lector, pése a sus ritmos simplones y palabras candorosas, a lo cual la plástica arrima su recurso con tonos descriptivos y palabras de valor cromático.

Estéticamente no se muestra ornamental ni complejo con intrincadas divagaciones lingüísticas, sino que su idioma es el de todos los días y habla al lector con voces próximas al suelo, acercándolo al goce de la poesía; en la Literatura Costarricense fue una innovación formal no obstante ser tentativa juvenil que germinó en relativa oscuridad.

Los temas se encuentran reiterados y manifiestan cierta subrayada despreocupación lo cual hace que en algunos poemas el distingo entre prosa y verso sea poco valedero, porque se resuelve en efusión lírica, en pura

CUALQUIER
DÍA



SE PUEDE
PRESENTAR

UN INCENDIO!

Tiene usted su casa
ASEGURADA?



Instituto Nacional de Seguros

(3)—Otros cultivadores de la Nueva Poesía en Costa Rica son: Ana Antillón, Isaac Felipe Azofeifa, Fresa Brenes de Hilario, Carlos Rafael Duverrán, Eduardo Jenkins Dobles, Mario Loro, Enrique Mora Salas, Ailén Pérez Chaverri, Mario Picado Umaña, Jorge Emilio Regidor y otros más.

manifestación poética denotadora de un espíritu equilibrado.

Poemas de la Provincia.

Hay en muchos poemas de Amighetti un fuerte sentimiento hacia el pueblo, que viene de raíces sensibles desde la niñez del escritor y va al encuentro simple y naturalmente sin forzar la trayectoria. Dicha actitud constructiva aparece no sólo en la obra escrita sino en todas las manifestaciones artísticas y lo es auténtica.

Ese amor intenso de origen apasionado lo pone en relación próxima con la Heredia provinciana y nos la acerca en versos rápidos escritos sin afán de publicación y dados a la prensa por estímulo del editor García Monge.

Parece que la vida provinciana, de sentido religante entre la tierra y el hombre, ha despertado en gran número de intelectuales de Heredia la domesticidad y los hace responder con voz cariñosa al sentimiento que aviva. Así es como, por ejemplo, Luis Dobles Segreda memora en prosa melancólica su niñez juguetona a orillas del riachuelo Pirro; memora las callejuelas empedradas ceñidas por casas como mudos bloques, donde pareciera haberse detenido el tiempo o quebrantando tan sólo por el paso fugaz de simpáticos tipos de encanto pueblerino y trágicas vidas; el atrevido y picaresco escultor finisecular don Fadrique Gutiérrez, también es memorado y metido en aventuras galantes, políticas, en la creación artística; o, las tradiciones reafirmativas del cariño intenso y apasionado, casi místico que despierta Heredia. Don Fabio Baudrit no escapó a esa querencia y en muchos de sus escritos aparece la provincia rodeada de una aureola humorística y muy sutil. También hay muchos otros comunicativos empapados de la emoción de la provincia: Carlos Luis Saénz, uno de ellos, es autor del tomo *Mulita Mayor* donde las rondas son recreadas por el espíritu emocionado del poeta. Francisco Amighetti no quedó a la zaga y escuchó la voz que Heredia suele pronunciar y la oyó con sinceridad. Por eso es que en sus poemas aparece constantemente, con fuerza lo profunda sugestión de la provincia, no como pretexto literario sino como sentimiento innato. Tal vez podríamos aplicar a nues-

tro poeta el arcaísmo de Cicerón en su *De Amicitia*: el melódico *revivable*: digno de memoria. Así, digno de perdurar es el espíritu de la provincia.

En la captación del mundo externo aparece con sentido conciso y claro la provincia en estampas fugaces apenas esbozadas, con detalles cotidianos; viejecitas dóciles envueltas en negros rebozos; pasos secos sobre la acera que resuena como tumba; el vendedor de santos; tipos populares; la vida íntima de reposo y sentimientos; patios plenos de colorido y alegría de aves; para completarlos con un ritmo melancólico ante la ausencia de su provincia tan querida y penetrada en su sangre y sensibilidad:

*Echaré de menos la provincia,
sus casas encaladas,
la gente que no conozco
y que siempre me encuentro.*

*Las torres que se asoman
por todos los lugares,
las calles donde entramos
acogidos por tapias.*

*Echaré de menos el silencio
de ladridos de perros,
la soledad de estrellas,
la sombra de los sapos
la luna madura rodando por los
[techos.*

Heredia influye muy hondo en toda su temática y no es fácil desarraigarlo ya que Amighetti desde el extranjero vuelve, con certeza, sus ojos a la provincia hurgando en su sentimiento hasta distinguirla con un tono nostálgico, triste, lánguido en un afán de re-encontrar las cosas tan queridas.

Ramón López Velarde (1888-1921) en contacto cariñoso con lo común y diario retrató la vida pintoresca de la ciudad provinciana e impregnado de ella trazó una condensación de México en su poema *Suave Patria*, poema captado con sutileza por el escultor Francisco Zúñiga en un alto-relieve de piedra rosa de Zacatecas. Amighetti, como el poeta de Fuensanta y *Suave Patria* aporta a las Patrias Letras igual sentimiento e incorpora con nostalgia la provincia de sencillez diaria, fresca ingenua, envolviéndola, saturándola, reverdecíendola, pues cada vez que habla del ambiente de provincia lo hace con un tono familiar, pero lleno de trascendencia, muy semejante al de Rainer María Rilke.

En algunos poemas llenos de impetuosidad y tristeza sin remedio, recuerda su vida provinciana y sin olvidar a los santos se acerca a los pecadores; otras veces, muchas, y como tónica fuerte, aparecen tipos humildes; todo ello débese a que la insuficiencia económica en que desenvolvióse durante su vida en provincia lo relacionó con el pueblo humilde al que ama, absorbe y traslada a toda su obra artística.

Ese limpio gusto por la provincia, sujeto de sus poemas, recatado en el tono, es sincero y cierto; lo demuestra en versos libres en los que las imágenes van enlazadas. En los poemas donde Amighetti trata temas de la provincia, hay un rasgo privativo, por el cual se le puede identificar fácilmente dentro de

*El filtro nació con la casa,
es como el seno de piedra de una virgen indígena;
es el reloj de agua que contara mis días
cerca de la tinaja enrojecida y húmeda.
La tinaja es una fruta de agua
junto a la tapia cuyo rojo va volviéndose jade
por el musgo que es tiempo, pátina y poesía.
El filtro es tan grande y tan puro
que tiene la confianza de todos;
lo tallaron obreros con un sentido noble de la alfarería
y el agua es su alma, su sangre y su palabra.*

Comprobemos ahora lo expuesto: el concepto está limitado por el artículo determinante. En vez de hablarnos de cualquier filtro sabemos de antemano que nos hablará de determinado filtro, y en esta oportunidad del filtro de la casa provinciana. Desde el comienzo se detiene con morosidad para recordar el pretérito y decirnos que el filtro es viejo; al compararlo con el seno de una virgen indígena lo hace en presente; del pasado (nació) pasa al presente (es) y retorna al tiempo pretérito en el modo subjuntivo (que contara) al ver en el filtro el reloj que contó sus días y los de anteriores generaciones y, nos dice que estaba cerca de la tinaja. Aquí vuelve a detenerse, con el mismo deleite preciso, para cargar el sustantivo de dos adjetivos característicos como son lo visual y lo táctil: *enrojecida* y *húmeda*. Otro poeta con menor pasión contempladora y menos cuidadoso al adjetivar quizás habría dejado la tinaja a secas, pero Amighetti no sólo se contenta con detenerse para decirnos que el filtro estaba cercano a la tinaja,

la Literatura Costarricense. Esta cualidad identificadora es el movimiento despacioso que podría compararse con la técnica del cine llamada *ralenti*: la imagen proyectada en cámara lenta, que obliga a detenerse y a demorarse en las cosas y que deshecha lo vertiginoso. Sin duda es como el acto del pintor que, al ver una persona o un sujeto observa con detenimiento para rodear a la persona o a la cosa contemplada, —algunas veces por el simple detalle—, de la emotividad que se encierra en la contemplación y encontrar el drama interno que hay en ella. Ejemplo de esto lo tenemos a la vista, muy destacado, en casi todos los poemas suyos y bastaría traer cualquiera de ellos para comprobarlo. Acudiremos al titulado *El Filtro*:

sino que a paso lento la adjetiva con calificativos.

Con lentitud repite que la tinaja *es una fruta de agua*, una bella metáfora que se destaca, y nos dice que está situada junto a la tapia, pero la lentitud triunfa sin atosigarnos, y es una tapia que al cubrirse de musgo va perdiendo su color (*va volviéndose jade*); el musgo le da oportunidad para decir que es *tiempo, pátina y poesía*, lo cual equivale a que la tapia envejece lentamente, ya que el calificativo de *pátina* va unido al tiempo. Pero al releer el poema encontramos un cambio muy brusco en el espíritu. Este cambio habría que estudiarlo detenidamente puesto que lo hemos encontrado en muchos poemas más; este cambio es el pasar de la mención oportuna y sagaz de las cualidades de los objetos, a lo subjetivo como es el caso presente de que el filtro es grande, puro y goza de la confianza de todos los habitantes de la casa para llevarnos a un fin de lentitud característica como es la que nos dice que el agua es para el filtro su alma, su sangre

y su palabra. Pero no vaya a creerse que esta lentitud característica en la poesía de Amighetti es agobiadora: es todo lo contrario. Por ella logra efectos muy interesantes que dan a sus poemas cualidades propias. Quizás el lector desprevenido no se percate de ello, pero sí notará que no se cae en la monotonía porque los poemas son breves y su mundo lírico es de simpleza y sin artificios técnicos que impidan la comprensión mediata, pues como puede apreciarse están contruidos a base de rasgos emotivos, y la emoción tiende a concentrarse en sus elementos esenciales, es decir tiende a la síntesis. Escogimos a propósito este poema *El Filtro*, por ser muy divulgado y, sobre todo, por caracterizar esencialmente al sistema y el estilo lírico de Amighetti.

Detengámonos en otra poesía, aunque sea brevemente, para reafirmar lo expresado de la lentitud detallista que Amighetti confiere a sus poemas. Para eso nos retardaremos con la poesía *Las Manos*.

*Las manos que ponen el pan sobre la mesa
y me traen el agua,
son las mismas que cosen
y colocan en los vasos de arcilla
flores blancas.*

*Las manos que abren las ventanas,
y me arreglan el lecho
y levantan
el hijo como un fruto de nácar,
son las mismas que hilan
calladamente mis días
en una estela blanca.*

Este poema semeja ser reflejo de una idea que Rainer María Rilke capturó en una de sus charlas con Rodin: la belleza del detalle. ¿Acaso el francés no dijo, —y lo comprobó—, que las manos o el torso, por ejemplo, son tan bellos como la cabeza? Al parecer este pensamiento bien pudo engendrar este poema de Amighetti.

Leyendo la poesía *Las Manos* nos sorprenden versos libres que empiezan con un sustantivo y que continúan hasta el final en una serie de frases adjetivas subordinadas. Al solo conjuro del vocablo manos, Amighetti recuerda una serie de cosas cotidianas y, sin embargo, al encabalarlas escribe con sinceridad y llaneza. La memoria del hombre ha hecho tanto y, a esa virtud debemos entre los millones

de cosas, las parrafadas que Proust escribiera sobre sus manos con su tan característica morosidad en el detalle. ¿Debemos también a la buena hada Memoria este poemita de Amighetti?

Para designar la impresión que la lectura de este poema nos da, hemos recordado el tecnicismo cinematográfico: acercamiento. El nombre con que se bautice a esa característica es secundario para los fines perseguidos: si señalamos esa característica es para robustecer lo expuesto de que la poesía de Amighetti resalta en la lírica costarricense, —en gran parte—, por esta cualidad del movimiento lento que comparamos con el *ralenti* cinematográfico.

La lentitud es, —sin duda—, una peculiaridad del quehacer poético de Amighetti y constituye la nota ansiosa por no perder lo emotivo de lo cotidiano, a lo cual recarga de trascendencia. En esta significación, y al constituirse en glorificante de la ciudad provinciana, del ambiente familiar y la vida de los humildes, Amighetti está señalando o está implicando que está emparentado con los aportes sentimentales y los fundamentos líricos de Francis Jammes, Rainer María Rilke, y Charles Péguy, pues como ellos confiere a sus poemas una honda y sutil ternura trascendente.

En conclusión, son poemas con impresiones del ambiente recogidas y asimiladas en su sangre durante años de candor y observaciones vividas ya de adulto, brotadas más tarde en espontaneidad de su pluma. La provincia es en Amighetti una raíz viva y profunda, como que su vivir en la casa familiar y llena de tradiciones de don Blas Prieto, infundió en el espíritu de Amighetti el hondo amor por lo herediano al cual manifiesta en sus poemas.

Poemas de viajes.

Ya vimos la indentificación de Amighetti con la provincia: sus reminiscencias y deseo sincero de incorporarla a su obra. A medida que evoluciona técnicamente, de los arrestos ultraístas a formas personales, se percibe en él una evolución espiritual y un anhelo de viajar, ansiedad trotamundescas en que la memoria toma repliegues biográficos del sentimiento del escritor; la huella personal se exterioriza en

ritmos personales, breves, sugestivos.

Surge un conflicto aparente pues con anterioridad muestra gran apego a los recuerdos infantiles y a los motivos cotidianos de la provincia; luego refuerza al deseo de viajar, la realización. Entonces es cuando se lanza la provincia con entrañable correspondencia emotiva como un clamor con eco. En uno de sus poemas nos confiesa que quiere

*oir en otras canciones
lorrar la misma pena.*

Viaje

Con la lejanía el contorno provinciano fija sus características y adquiere desonancia emotiva bañando su recuerdo de una suave y honda melancolía lírica, (quebradiza y sutil diría Azorín), a todos los poemas de este ciclo.

Su afán andariego patentizado va paralelo al recuerdo de la tierra nativa, (paisajes, gentes y cosas) y entonces vuelca su memoria y se acusa con brío latente

*Necesito la palabra
amasada con la harina del idioma nativo.
Una sola palabra
pero trémula y que venga de lejos,
allá donde mi corazón está
sembrado como una planta de púrpura.*

Siente el aguijón de la nostalgia y, cargado de anhelos y experiencias decide regresar para fundir con la provincia sus memorias cristalizadas y depuradas por la lejanía. Por eso decimos que con sus poemas de viajes surge un conflicto aparente, puesto que más bien resultan concomitantes, porque no encontrando en el ambiente extranjero el eco emotivo, la trayectoria a sus sentimientos, cede a la profunda comunión espiritual con su terruño. El impulso es fuerte

colgado en las montañas

*el cementerio es un jardín con cruces.
(Cementerio de aldea).*

*despojados del adjetivo verde de las hojas,
(Buenos Aires).*

*del paisaje nace una bandada de acuarelas.
(Un crepúsculo).*

*detrás, los sembrados geométricos de dulces colores
(Poema).*

Todo ello gracias a que sus poemas están enraizados en la propia tierra que le penetra el ánimo. Ese amor y ese enraizarse

la *morriña* compañera, o sea como necesidad vital. Sabe el poeta la existencia del mundo exterior y cede al afán ambulatorio del que saldrá afinado su sentimiento amoroso con la provincia, el luminoso recuerdo de memorias lejanas sugeridas por las voces amigas que con él viajan...

La trayectoria biográfica coincide con el desenvolvimiento y alternativas de su arte y, en aquellos días de tanta inseguridad económica para el poeta, se acercó al pueblo —de tanta presencia en su obra: en las ciudades extrañas siente que el frío hierde; ausculta la vida urbana; goza sus descubrimientos y liga muchos de ellos a su irrefrenable vocación estética de dibujante, pintor y xilógrafo.

Lo habita un ego inquieto que a la vez le depara recuerdos de la tierra natal y, en su irremediable tristeza más accesible en la emoción mediata exclama con voz afinada, honda, su entrañable sentimiento:

y la provincia siempre está presente dominando no sólo todos los poemas sino aún en gran parte de su prosa, como lo demuestra en su tomo *Francisco en Harlem*.

El paisaje

En los poemas de Amighetti es notable la presencia del paisaje como un eco húmedo y juguetón, brillante y *saudoso*: en algunos de gloria ácida como en angrás dentro de la belleza plástica:

se realiza en Amighetti con amor y sencillez, adquiriendo forma poética aunque nuestro poeta es humilde, enamorado, apegado...

Entrevista con Lope de Vega

Por Antonio Aparicio.

No siempre el cumplimiento del deber supone de por sí poner el pie sobre el arenal del sacrificio. La actualidad de Lope de Vega, como dramaturgo —estreno inolvidable, hace menos de un año, de "El Perro del Hortelano", por un insigne actor francés; estreno reciente de "La Dama Boba", por un actor español de cortísimos vuelos— me ha obligado, modesto periodista, a visitar a Lope, en busca de la entrevista de circunstancias. Como todo periodista, llevo en el pensamiento una idea sintética del hombre al que voy a importunar: Lope de Vega debe tener unos cincuenta años, es autor de otros tantos libros, ha estrenado más de doscientas comedias y tiene otras tantas en archivo. Esto en cuanto a su actividad literaria. En cuanto a lo demás... (En cuanto a lo demás se hace necesario bajar la voz y hacerla con-

fidencial: amores turbulentos que a veces terminan en bendición matrimonial y a veces en escándalo que conmueve a todo Madrid; hijos a montones; vida descompuesta, siempre de aquí para allá, siempre en aventura de algo, siempre en viaje hacia algún punto. Por donde pasa Lope deja tras sí como una estela de energía desplegada en talento, en voluptuosidad, en seducción, en simpatía, en alegría, en triunfos).

El propio Lope es quien abre la puerta. Nadie más cordial, más amable. Toda su figura, todo su gesto puede resumirse en una palabra: campechanía. Verle es sentirse amigo suyo. Sonríe:

—Siéntese. Charlemos. Nada como la noche para charlar. De día se miente, de noche se desnuda el pensamiento. Siempre escribo de noche, mientras todo Madrid duerme. Escribo hasta

que empieza a amanecer. A veces, tan abstraído estoy en el trabajo que no veo la llegada de la aurora. Pero las campanas de los conventos llamando a misa primera me avisan.

—¿Qué escribe usted ahora?

—Estoy terminando una nueva comedia. La titulo "La Dama Boba". Es para la compañía de Jerónima de Burgos. La comedia va dedicada a ella. ¡Qué actriz!

(Nadie ignora que la admiración del dramaturgo por Jerónima de Burgos, la popularísima actriz, no es solamente de carácter artístico: al mes de morir doña Juana, esposa de Lope, ya estaba éste en Segovia, en Burgos y en Lerma donde la compañía de Jerónima de Burgos representaba. Todo el mundo vió a Lope en los toros con Jerónima, en los bailes, en los juegos de caña).

—¿Qué hay de nuevo en su comedia?

—¿De nuevo? Verá usted; yo diría que la nostalgia de América.

—De América, señor periodista. Claro que no toda. Digamos la América del Caribe. Mire.

Lope toma de la mesa los papeles que escribía.

—No se asuste. No le voy a leer la obra completa, pero sí parte de una escena, la Escena V del tercer acto. Escuche usted:

—¿De dó viene, de dó viene?

Viene de Panamá.

¿De dó viene el caballero?

Viene de Panamá.

Tracelín en el sombrero.

Viene de Panamá.

Cadenita de oro al cuello.

Viene de Panamá.

Zapatos al nuevo uso.

Viene de Panamá.

Lope interrumpe la lectura:

—¿Sabe usted lo que es esto?

Es un son americano, un son del Caribe. Me fascina la idea de América. Leo todos los relatos que se publican sobre aquel mundo lleno de amaneceres. El habla, las costumbres son una cantera para el teatro. Lástima que yo no pueda ir. Dos meses de barco de ida, otro tanto de vuelta... ¡imposible! Lo único que quiero es que si esta comedia de "La Dama Boba" se da algún día allá, esté en buenas manos. Representada por malos cómicos, ineptos para la poesía de las cosas, nadie, ni yo mismo, reconocería a mis personajes.

Conclusiones.

Denúnciase la contribución de Amighetti a nuestra Literatura con espíritu *saudoso*. La provincia adquiere en manos de él nueva dimensión poética en versos claros en los que el sentimiento humano está vivo y ligado a la técnica. Son poemas que pueden escandirse en prosa sin traicionar la virtud creadora.

Por su aparición en las Letras Patrias Amighetti viene a ser el exponente de un período de transición de la Poesía Costarricense y sus poemas, en principio de forma agitada a la manera ultraísta, evolucionados luego, conservándose siempre claros y llenos de rebeldía ante los exotismos literarios y lingüísticos en que habían caído los poetas anteriores.

Trae sin timidez, con voz silenciosa desde el principio un paralelismo de estilo y lengua, sencillo y espontáneo lo cual dá a un buen número de poemas un acento tierno y encantador bañado de un sutil romanticismo personalísimo.

Amighetti es un romántico, pero hay necesidad de deslindar la significación de este vocablo y contraponer los significados de romanticismo psicológico y romanticismo literario, ya que en el caso de nuestro poeta éste responde a la idiosincracia de su ser, a lo temperamental y no a las formas ni al estilo de la escuela literaria conocida con este nombre. Su romanticismo nada tiene que ver con la evolución o las proyecciones del tipo romántico del cual Víctor Hugo es príncipe,

sino que es una cualidad innata en el temperamento de Amighetti. Se demuestra en su obra escrita con voz suave e íntima; se emociona en la contemplación de la naturaleza y las cosas; en la melancolía y nostalgia del pasado; en la voz rebelde pero sin alardes ni estruendos, casi a so voz.

De la remembranza provincial pasa a la contemplación de la Naturaleza ahondada por los años, al deseo perenne de viajar y a la realización de este anhelo. Siempre predomina en él, en toda su obra, escrita o artística, el sentimiento que Victoria Ocampo destacó en Ricardo Güiraldes: la "supremacía del alma y de la sangre". La voz del terruño es muy fuerte en Amighetti que es raíz apasionada, con entrañable probidad y sin añadidos.

Sus poemas acercan al lector común al goce poético y están escritos en lenguaje asequible, el de todos los días. Predomina en ellos un íntimo lirismo nativo que estaba esperando el menor estímulo externo para aflorar y cuando éste vino brotó con fuerza.

Miguel Hernández, ¡tan popular y apegado al terruño!, Miguel Hernández, refiriéndose a su obra artística, manifestó en cierta ocasión que "nuestro cimientito siempre será el mismo, la tierra y, nuestro destino es parar en las manos del pueblo". Podríamos aplicar a Francisco Amighetti los mismos conceptos puesto que en toda su obra se muestra en plenitud terrenal y guarda excelente entraña popular conducente a las manos del pueblo...

Un marido complaciente y un novio tolerante

Especial para BRECHA

Carlos SALAZAR HERRERA

Sainete en dos actos. Uno corto y el otro cortísimo.

SANDRA
ROBERTO
LA TIA
LA PRIMA
ARTURO
UN FOTOGRAFO

Una sala moderna y elegante. Puerta principal en el foro, centro. Un tocadiscos. Teléfono. Sillones confortables. Otros muebles. Etc.

Roberto sentado en un sillón, estudia unos papeles de negocios. Sandra, en otro sillón se lima las uñas. Ambos guardan silencio.

SANDRA.—(*Sin levantar la vista de sus manos*). Querido Roberto... ¿Recuerdas aquella noche, cuando íbamos caminando por la Calle de las Tiendas, que frente al escaparate de una peletería me enamoré de un lindo abrigo de visón?

ROBERTO.—(*Revisando sus papeles*). Sí, querida. Lo recuerdo perfectamente.

SANDRA.—Al día siguiente me enviaste el abrigo en una preciosa caja forrada de tisú.

ROBERTO.—Celebro, querida Sandra, que lo recuerdes hasta con los pormenores del embalaje.

SANDRA.—¡Siempre has satisfecho mis deseos, mis caprichos!..

ROBERTO.—Es una satisfacción poder complacerte, querida.

SANDRA.—Gracias, Roberto. (*Pausa*). Otro día, fue un brazalete de brillantes el que llamó mi atención. Me invitaste a entrar a la joyería, y allí mismo, sin consultar el precio, colocaste el brazalete en mi muñeca. ¿Lo recuerdas, querido Roberto?

ROBERTO.—Sí, querida. Lo recuerdo perfectamente.

SANDRA.—Con motivo del quinto aniversario de nuestras bodas, hace escasamente un mes, te insinué que me gustaría cambiar de automóvil. Cuando me levanté, al día siguiente, el flamante último modelo, estaba frente a mi puerta.

ROBERTO.—Fue una gran idea cambiar de coche.

SANDRA.—Recuerdo que cuando teníamos dos años de vida matrimonial, quise que cambiaras de apariencia. Te pedí que te afeitaras el bigote y... ¡Zas! unos minutos después ya no tenías bigote.

¡Siempre te has sacrificado por mí, querido Roberto!..

ROBERTO.—No lo creas, querida. Entre mi bigote y tú... preferí quedarme contigo.

SANDRA.—¡Gracias, Roberto! Todo, ¡Todo cuanto te he pedido me lo has dado, sin protestas, sin regateos, ¡Sin poner obstáculos! ¡Jamás me has negado nada!.. Eres el marido más perfecto del mundo.

ROBERTO.—¡Vamos, Sandra! No es para tanto. Ya sabes que mi mayor gusto es satisfacer tus deseos.

SANDRA.—Gracias, querido Roberto. ¡Gracias anticipadas!

ROBERTO.—(*Mirando a Sandra*). ¿Anticipadas?

SANDRA.—Sí. Gracias anticipadas.

ROBERTO.—Dime, querida... ¿Qué deseas ahora?

SANDRA.—(*Solemne*). ¡El divorcio!..

ROBERTO.—(*Poniéndose de pié, alarmado y mirando fijamente a Sandra*). ¿Cómo?..

SANDRA.—(*Con gran tranquilidad mirando a Roberto*). Sí, el divorcio.

dad mirando a Roberto). Sí, el divorcio.

ROBERTO.—¿Bromeas?

SANDRA.—No.

ROBERTO.—¿Hablas en serio?

SANDRA.—Decididamente.

ROBERTO.—¿No te entiendo, mujer!..

SANDRA.—Es fácil comprenderlo. Te lo explicaré...

Cuando una esposa se ha enamorado perdidamente de un hombre que no es su marido, le pide a éste el divorcio, y éste, si es que ama a su mujercita y desea su felicidad, se lo concede inmediatamente, para que ella contraiga nupcias con aquél. Es muy sencillo. ¿Tú me amas?

ROBERTO.—Sí.

SANDRA.—¿Entonces?..

ROBERTO.—(*Después de haber dado algunos pasos*). ¿Se trata de Arturo? ¿No?

SANDRA.—Sí, estimado Roberto. Hace tres días que Arturo y yo... ¿Cómo te lo dije...? Pues... Estamos comprometidos. Es decir, somos novios. Hemos resuelto casarnos... ¿Cómo adivinaste que se trataba de Arturo?

ROBERTO.—(*Irónico*). Bueno... Algunas veces los maridos tenemos algo de intuición.

SANDRA.—Eso me tranquiliza. Así la noticia no te cogió del todo desprevenido.

ROBERTO.—Tampoco creas que existe mucha perspicacia de parte mía. Algunos pequeños detalles... Por ejemplo: Cuando yo no estoy en casa, Arturo, casualmente no tiene nada que hacer sino visitarte. Tan pronto llego yo, Arturo recuerda súbitamente que tiene algo que hacer con urgencia, y se marcha un tanto mohino. Cuando llama por teléfono y contesto

yo, dice con una voz ronca que no es la suya: (*Hablando ronco*). ¡Perdón, han equivocado el número!.. En la última fiesta que dieron los González, me empeñé en que nos viniéramos temprano. Tu bailabas con Arturo. Al despedirme de él, me apreté tan rabiosamente la mano... (*Moviendo los dedos de la mano derecha*). que todavía me duelen el metecarpio y las falanges... ¡Son pruebas convincentes!..

SANDRA.—Eres muy inteligente, estimado Roberto.

ROBERTO.—Gracias, Sandra... Dime, querida. ¿Qué cualidades has descubierto en Arturo que cautivaron tu corazón?

SANDRA.—(*Solemne*). ¡Es tan apasionado!, ¡Tan romántico!, ¡Tan artista!... ¡Qué modo de tocar el piano!, ¡Qué sensibilidad en la interpretación de los grandes maestros en la música!... y ¡qué compositor!.. ROBERTO.—(*Interrumpiéndola e irónico*). ¡Hasta su nombre y su apellido son estelares!... ¡Arturo... Vega!

SANDRA.—No te burles... Tú, estimado Roberto, no es que seas exactamente un positivista, un prosaico hombre de negocios, pero... he creído descubrir, después de cinco años de matrimonio contigo, que no eres lo suficientemente romántico como para pasarme el resto de la vida a tu lado. Puede ser que tú constituyas un tipo de marido codiciado y perfecto para una mujer con un gran sentido práctico y muy amante del confort, pero no para mí: Yo adoro las emociones. Yo ansío por una vida turbulenta, incierta, llena de aventuras e inquietudes. Ansío viajar al acaso, con un artista trotamundos, que vaya dando conciertos en todos los grandes teatros...

(*Pausa*) Sí, mi estimado amigo Roberto. Estoy enamorada de Arturo. ¡Es tan bohemio, tan enigmático!.. ¡Tan celoso!..

ROBERTO.—¿Te cela conmigo?

SANDRA.—(*Dramática*). ¡Terriblemente! Cierta vez que estaba tocando en ese piano (*Señala hacia adentro*) Una delicada pieza compuesta por él, cometí la indiscreción de nombrarte; entonces Arturo, con un encantador gesto de disgusto, cambió su pieza por la Danza Macabra de Saint-Saens.

ROBERTO.—¡Qué horror!.. ¡Es un novio intolerante!

SANDRA.—Y tú eres un marido complaciente.

ROBERTO.—Procuro serlo.

SANDRA.—De modo, estimado Roberto que, ¿consientes en devolverme mi libertad?

ROBERTO.—No puedo oponerme, querida Sandra. Y no sólo te devuelvo tu libertad, sino que te doy mi consentimiento para que la pierdas con Arturo.

SANDRA.—¡Gracias, Roberto! Siempre satisfaciste mis anhelos. Jamás hubo entre nosotros desavenencia alguna. Reconozco que me has mimado dematenciones. Realmente, nuestra vida matrimonial ha sido tan armoniosa, tan tranquila, tan perfecta... ¡Que se ha vuelto insoportable!...

ROBERTO.—Es posible que así sea para tí.

SANDRA.—Espero no haber lastimado tu amor propio.

ROBERTO.—¡Bah! Nada de eso Sandra. Aun más, te agradezco lo feliz que me has hecho durante estos cinco años y, sinceramente te deseo en tu futuro... una buena estrella.

SANDRA.—¡Qué bueno eres Roberto! Tienes un sentido universal de los acontecimientos. ¿Me perdonas y me olvidarás, Roberto?

ROBERTO.—Nada tengo que perdonarte... Escúchame, querida Sandra... ¿Me permites que te llame... querida Sandra,

SANDRA.—Sí, estimado Roberto.

así, con cierta familiaridad?

ROBERTO.—Pues bien, querida Sandra. Escucha... ¿Puedo pedirte que me concedas... un honor?

SANDRA.—Lo que quieras, Roberto. Tú dirás.

ROBERTO.—Gracias... Quisiera el honor... de que me designes padrino en tus bodas... si no es mucho pedir. Alguien tiene que entregarte a tu nuevo esposo, según nuestras costumbres. Tú, no tienes padres ni parientes cercanos y... pienso que nadie más indicado que quién fue... tu dueño, digámoslo así, durante cinco años. ¿Me concedes esa satisfacción... un tanto paternal, dijéramos?

SANDRA.—Decididamente, estimado Roberto, a veces tienes algunos arranques sentimentales... Da la casualidad que no teníamos padrino. Hemos pensado en cierta tía de Arturo como madrina, pero nos hacía falta un tío. *(Solemnemente)*. ¡Tú serás nuestro padrino! ¡Te lo prometo!

ROBERTO.—¡Gracias, querida sobrina y ahijada!

SANDRA.—Ahora, ¿Puedo pedirte otro favorcillo?

ROBERTO.—Concedido.

SANDRA.—Gracias. Si nos lo permites, después de la boda Arturo y yo vendremos aquí, a tu casa, a recoger mi equipaje, antes de marcharnos a nuestra luna de miel. ¿Conforme?

ROBERTO.—Conforme. *(Subitamente)*. ¡A propósito! Se me ocurre ahora, que también se acostumbra que el padre, tutor, padrino o tío, ofrezca un brindis a la enamorada pareja. ¿Me permites que os invite a una copa de champán, después de la ceremonia, aquí, en esta casa, a vosotros y a las otras personas que asistan a la boda?

SANDRA.—¡Encantados! Escucha: Después de la ceremonia, Arturo y yo, iremos a tomaros una foto. Vosotros os venís

para acá y tan pronto lleguemos, brindaremos por nuestra felicidad. Después, recogemos mi equipaje y nos iremos a nuestra luna de miel. Ahora bien. A nuestra boda sólo asistirán, además del señor Gobernador, cuya presencia es inevitable, una tía y una prima de Arturo y ahora mi tutor que eres tú. ¡Ah!, también vendrá un fotógrafo. Los acontecimientos extraordinarios hay que perpetuarlos en fotografías; sobre todo, escenas con acción. Así lo quiere Arturo. Está dispuesto a hacer un álbum. ¡Es tan sentimental!...

ROBERTO.—¿De modo que ya vosotros habéis dispuesto la boda hasta con sus más ínfimos detalles? ¡No habeis olvidado nada!... ¡Ni el fotógrafo!

SANDRA.—Así es. Anoche, *(Señalando la sala)*. Aquí mismo, convinimos en todos los detalles. Sólo nos faltó una particularidad. Que llegaras tú, para enterarte de los acontecimientos y pedirte la licencia. Debes haber llegado bastante tarde y me encontraste dormida.

ROBERTO.—Lo siento. Una reunión de accionistas... tú sabes. A veces se prolongan. Después, una cena en el club.

SANDRA.—¡Está bien, está bien! No te disculpes. ¡Recuerda que todo ha acabado entre nosotros! *(Pausa)*.

ROBERTO.—*(Tristemente, como hablando consigo mismo)*. ¡Es verdad!...

SANDRA.—*(Se pone de pie y dá algunos pasos)*. Escúchame, Roberto. Ahora viene la segunda parte de esta... entrevista. Se trata de discutir y

establecer, por mutuo acuerdo, los motivos que originaron el rompimiento de nuestro feliz matrimonio. Necesitamos un pretexto, una razón, una causa legal, si se puede decir así, para obtener el divorcio. ¿Comprendes?

ROBERTO.—¡Oh!, Es cierto. No había pensado en ello... *(Pausa)*. ¿Qué tal?... ¿Infidelidad escandalosa del marido?

SANDRA.—¡Jamás! Sería una humillación para mí. Es preciso que mis amigas no piensen que tú, siendo mi marido, pudiste preferir a otra mujer.

ROBERTO.—Comprendo. Un poquito de vanidad, ¿No? Es algo muy femenino. *(Pensativo)*. ¡A ver! ¡A ver!... ¿Incompatibilidad de caracteres? Después de todo me temo que sea verdad.

SANDRA.—¡Nunca! Todo el mundo sabe que tú eres correcto, bueno, normal. Me echarán a mí la culpa. Deducirán que soy una mujer inconsecuente, insoportable, esquizofrénica.

ROBERTO.—No lo tomes así, querida Sandra. Escucha: Tú eres dulce, sentimental e idealista. Yo soy austero insensible y materialista. Un hombre que no entiende de otra cosa sino de negocios. Que sólo se ocupa de ganar dinero y en consecuencia, casi nunca está en el hogar, y cuando permanece en él, como hace unos momentos, en lugar de destinar para su esposa las horas de la noche, está revisando documentos y contratos. Es la verdad, querida. Reconozco sinceramente que la culpa es mía. He descuidado la atención que mereces y casi nunca estoy contigo. Con harte de vez en cuando unos



**Es La Firma Comercial única
Que le ofrece: de todo y para todos**

**Si Ud. Tiene Dinero, Compre en SEARS.
Si no lo tiene, compre siempre en SEARS.**

Con nuestro maravilloso plan, de PAGOS FACILES

ADEMAS... Si en SEARS no hay un artículo, pídale por catálogo y agréguelo a su cuenta con Nuestra Garantía.

NOE SOLANO

DIBUJANTE

OFICINAS: Edificio La Arena, planta baja. Frente Almacén Lines.

regalos, un abrigo, un brazalete, un coche, y tenerte con cierto lujo, no se llena una vida. Hace falta un poco de ternura, de camaradería, de diversiones. Debí haberlo pensado antes. Ahora ya es tarde. Has concertado tu nuevo matrimonio con Arturo, y no voy a interponerme... (Pausa). ¡Incompatibilidad de caracteres! ¡Es la verdad!... Pero quizás no exista un argumento de valor legal... Veámos. El marido áspero, cruel, desconfiado. La esposa tímida, buena, honesta. El la amenaza, ella huye... Un joven pianista, Arturo Vega, la defiende y la protege. Ambos se enamoran. Viene entonces el divorcio, inevitablemente. ¿Conformes?

SANDRA.—Sí, creo que sí, me parece bien. (Se acerca al teléfono y descolga el auricular)

ROBERTO.—¿Qué haces?

SANDRA.—Ya lo ves, llamo a mi abogado... Por favor el 7777. (Pausa). ¿Quién habla? (Pausa). ¿El licenciado Capella? (Pausa) ¿El licenciado Capella, está ahí?

ROBERTO.—(En voz baja). Esto es toda una constelación.

SANDRA.—¿Una conspiración has dicho?

ROBERTO.—No. Una constelación: Arturo, Vega, Capella...

SANDRA.—(Por teléfono). ¿Es el licenciado Capella?... ¡Ah, licenciado Capella! Habla Sandra de Martínez. Es preciso, Licenciado, que mañana mismo temprano venga Ud. a nuestra casa. Mi esposo y yo, tenemos un asunto importantísimo que confíerle. (Pausa). ¡No! Por teléfono no. Mañana lo sabrá usted. Muchas gracias, Licenciado Capella. (Cuelga el auricular y suspira llena de satisfacción).

ROBERTO.—¿Contenta?

SANDRA.—Sí... ¡Qué cosa más fácil es divorciarse cuando se tiene un marido complaciente!

Telón

o

CUADRO FINAL

(Algún tiempo después)

La misma sala, más una mesita de ruedas con una botella de champán enfriándose en una heladera, y media docena de copas.

En escena, la Tía y la Sobrina, con vestidos propios para unas bodas. Un fotógrafo bobalicón con su cámara y, Roberto, con traje ceremonial, hace girar la botella de champán en el hielo.

LA TIA.—(Se suena la nariz).

¡Jamás he podido dejar de llorar en unas bodas!... ¡Son tan emocionantes!... Hasta las civiles. Lo malo es que me derripen la nariz.

LA PRIMA.—¡Entonces es una alergia a las bodas, tía!...

LA TIA.—¡Ji, ji! Tal vez por eso no me he casado.

LA PRIMA.—(Suspira) ¡La ceremonia fue perfecta, Sandra encantadora y Arturo estuvo radiante!...

LA TIA.—(Inquieta) Pero... ¡Cómo tardan en llegar!...

LA PRIMA.—Están en la fotografía, tía.

LA TIA.—(Señalando al fotógrafo). Pero, esto que está aquí... ¿No es un fotógrafo?

LA PRIMA.—Sí, tía, Pero aquella es una foto de pose, y las que éste tomará serán instantáneas de acción. (Se asoma por la puerta del foro.

Dando saltitos). ¡Ya vienen! ¡Ya vienen! ¡Aquí están!... (Corre y pone en el tocadiscos la Marcha Nupcial de Mendelssohn. Entran los novios. Hay cambio de besos, abrazos y felicitaciones. Roberto se mantiene alejado. Cuando han pasado los saludos se acerca al novio).

ROBERTO.—¡He!... dígame usted, joven... ¿Puedo besar a la novia?

ARTURO.—(Dudoso y desconfiado). Siiii. ¡Naturalmente! ¿Por qué no??... Es lo que se acostumbra... que los padrinos besen a la novia... No veo en ello ningún inconveniente...

ROBERTO.—¡Gracias, Arturo. Es usted muy tolerante!... (Roberto se acerca a Sandra, que le ofrece la boca, pero él la besa en la frente. Luego, sorpresivamente, en un dulce arrebato amoroso ambos se precipitan en un abrazo fuerte apretado, pasional, lleno de ternura e interminable. Entre tanto...)

LA PRIMA. (Nerviosísima) Qué calor está haciendo!...

LA TIA.—(Soplando). ¡Es verdad! ¡Es verdad. Yo estoy tiritando de frío!...

(El fotógrafo toma algunas instantáneas de Roberto y Sandra. Arturo enciende un cigarrillo y se quema los dedos. La tía y la sobrina se aclaran la voz y hacen otros ruidos como diciéndo: "Vuelvan ustedes a la realidad").

LA PRIMA.—¡Sandra! ¡Qué se enfría el champán!...

LA TIA.—¡Me estoy ahogando! (Coge una copa vacía y la prueba). ¡Je, je! ¡Perdón!

Creí que estaba llena. (Tirando la copa hacia atrás sobre los hombros). Tengo los nervios destrozados!... ¡Oh! Perdón, ya copé la quiebra; digo, ya quebré la copa!...

(El novio se destroza los dedos y camina como un energúmeno. El fotógrafo tira nuevas placas. La tía se desmadeja sobre un sillón. La sobrina se santigua).

(Roberto y Sandra terminan con el abrazo).

TODOS. (Hasta el fotógrafo). ¡Al fin!...

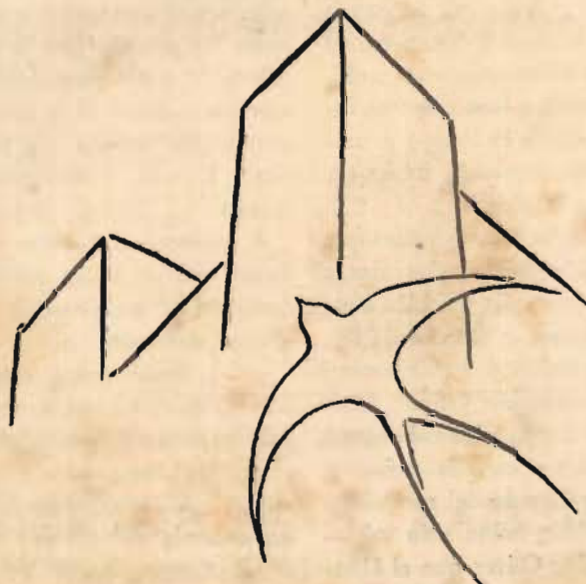
(Arturo se limpia el sudor de su frente; las damas se hacen viento con el pañuelo y sonríen muy dificultosamente).

SANDRA.—(A Arturo, visiblemente emocionada y sin dejar de mirar con mucha ternura a Roberto). —Bueno, Arturo... Cuando tú digas... (Con cierta tristeza)... nos vamos a nuestra luna de miel.

ARTURO.—(Ridículamente furioso). ¡Ah!, ¡No señora!, ¡Qué luna de miel ni qué satélite artificial!... Adonde iremos es a buscar al Licenciado Capella, para que nos divorcie, ¡In-me-dia-ta-mente!, por infidelidad emocional, y se case usted, si quiere, con su ex-marido... ¡Entienda usted, Señora, que yo no soy un mercader. Un hombre que anda en dares y tomares, (Golpeándose el pecho). ¡Yo soy un compositor!, un hombre, ¡de una sola pieza!...

(Y mientras cae el telón, Arturo de un manotazo le tira al suelo la cámara al azorado fotógrafo).

FIN



(Del A. B. C. de MADRID)

Francisca Sánchez y el archivo de Rubén Darío

Por Juan Antonio Cabezas.

LO GUARDO EN UN BAUL DURANTE CUARENTA AÑOS

Francisca Sánchez, esta sencilla mujer castellana que el destino y el amor pusieron —para siempre— en el camino del gran lírico Rubén, vivía desde la muerte del poeta en una aldea de Avila, Navalsauz, en las estribaciones de la sierra de Gredos.

Allí guardó durante cuarenta años (1916-56), un baúl que había acompañado a Rubén en sus viajes por Europa y América, lleno de papeles, cartas, poemas inéditos, libros, fotografías y otros recuerdos del poeta. Todo lo custodiaba Francisca con un celo rayano en el fetichismo. Sólo el escritor argentino Alberto Ghiraldo revolvió en 1920, y casi para nada, el "tesoro" de Francisca Sánchez.

Apuntábamos en alguna ocasión nuestro temor de que la anciana, "enamorada" para siempre de Rubén, que desde su muerte vivió para guardar un fervoroso culto a su memoria, destruyese en los últimos momentos este archivo sentimental, o bien que una incapacidad física lo llevase a manos de otras personas, incapaces de calcular su valor.

Pero entre las escasas visitas que recibiera Francisca en Navalsauz (la áspera geografía también contribuyó a guardar el tesoro), llegó un día de 1956 el profesor y poeta don Antonio Oliver, interesado por los papeles ruberianos después de un cursillo universitario sobre "Poesía del modernismo". También había sido iniciativa del señor Oliver que el Congreso de Academias de la Lengua, celebrado en Madrid, crease el

Seminario de Literaturas Hispanoamericanas "Rubén Darío".

UNA FECHA DECISIVA PARA EL ARCHIVO

La fecha del 25 de octubre de 1956 tendrá doble proyección en la futura historia de las letras españolas. Este mismo día, mientras desde Estocolmo se daba al mundo la noticia, tan grata a los españoles, de haberse concedido el Premio Nobel a Juan Ramón Jiménez, en la aldea de Navalsauz (feliz coincidencia) Francisca Sánchez entregaba el casi misterioso baúl, que contenía el archivo personal de Rubén Darío, con más de siete mil documentos desconocidos.

Este hecho, por el momento, no lo transmitieron las agencias, pero también era de gran trascendencia para conocer la pequeña historia de Rubén y su más auténtica biografía. El poeta, en apariencia andariego y desordenado, conservaba meticulosamente archivados hasta los papeles que le perjudicaban. Y entre ellos descubrimos muchos secretos de la importante generación literaria que en América y España se denominó "modernista".

A nuestras preguntas sobre la forma que se había realizado la donación del archivo, don Antonio Oliver responde:

—Lo decisivo fue una visita a Navalsauz, en la que me acompañó el poeta y director del Instituto del Libro, don Julián Pemartín. El se convenció de la importancia del archivo y habló de él al ministro de Educación, don Jesús Rubio, quien nos ofreció todo su apoyo para rescatarle.

—¿Y Francisca Sánchez?

—Estaba muy escarmentada por los visitantes desaprensivos. Se mostró cauta y reservada. Pero cuando se convenció de que la entrega de aquellos papeles sería para prestar un gran servicio a la memoria de Rubén, ya no opuso más obstáculos.

EL ARCHIVO EN ALCALA 93

Unos meses después, el contenido del baúl ruberiano estaba en un piso de la calle de Alcalá, 93, esparcido sobre unas mesas, para que el profesor don Antonio Oliver y otros especialistas iniciasen su estudio y catalogación. De hecho, el archivo de Rubén dió contenido y efectividad al naciente Seminario de su nombre y se convirtió, a los efectos oficiales, en el Seminario-Archivo "Rubén Darío", que oportunamente fue inaugurado por el ministro de Educación.

Ahora, pasados unos meses, durante los cuales el señor Oliver y sus colaboradores han trabajado intensamente sobre esta documentación, pueden adelantarnos algunas noticias sobre lo mucho que Rubén guardó durante su vida y Francisca Sánchez conservó durante cuarenta años.

—¿Qué tipo de documentos predomina en el archivo? —preguntamos al señor Oliver.

—Las cartas. Rubén, contra lo que podía suponerse, lo guardaba todo. Hay miles de cartas autógrafas, en borradores perfectamente encuadernados, desde 1888 a 1916. Y se encuentran además, programas de teatro, invitaciones, facturas... todo. La

mayor parte de estas cartas están dirigidas a personajes importantes de la época. Existe el borrador de sus cartas, a mano primero y a máquina después de cierta fecha, y las que recibe de esos mismos personajes, algunas con muy curiosos detalles para conocer la pequeña historia de los grandes hombres.

—¿Qué orden lleva la clasificación?

—En principio vamos abriendo carpetas por personalidades y después por países. Entre los personajes españoles, tienen carpetas bien nutridas Menéndez y Pelayo, Unamuno, Juan Ramón, los Machado, Pérez de Ayala, Baroja, la Pardo Bazan, Valle-Inclán, Benavente y otros muchos. Y luego cartas de presidentes americanos, cartas de "La Nación", de sus editores y todos los papeles de su archivo diplomático. También están tres de los cuatro testamentos que redactó. El último fue en León de Nicaragua, poco antes de morir.

—¿Ha interesado el archivo de Rubén a los escritores hispanoamericanos?

—Desde el primer momento, Contamos con una adhesión entusiasta del escritor cubano señor Méndez Chacón, del puertorriqueño Hernández Aquino, de los embajadores de Nicaragua en Madrid y París, señores Vega Bolaños y Sequeira, ambos relevantes hombres de letras.

EPILOGO EN CARABANCHEL

Después de nuestra visita al Archivo "Rubén Darío", queremos hacer una visita a Francisca Sánchez, que ya no está olvidada en la sierra de Gredos, sino en una casita proporcionada por el Gobierno español, además de una pensión vitalicia que le permitirá vivir con decoro sus últimos años.

Un moderno trolebús nos lleva desde Atocha hasta la colonia de San Vicente, instalada sobre la planicie de los Carabancheles. Encontramos a Francisca Sánchez fuerte y llena de vida, pese a sus ochenta y cuatro años. Vive en el tercer piso de una casa llena de luz, de cuyos balcones se ven el aeródromo de Cuatro Vientos y el Cerro de los Angeles. Vive rodeada de retratos y recuerdos de Rubén y algunos suyos de aquellos tiempos, cuando vivía en París o en Mallorca, fiel compañera

La Poesía Eterna

A Francisca

Por Rubén DARÍO

Francisca, tú has venido
 en la hora segura;
 la mañana es obscura
 y está caliente el nido.
 Tú tienes el sentido
 de la palabra pura,
 y tu alma te asegura
 el amante marido.
 Un marido y amante
 que, terrible y constante,
 será contigo dos.
 Y que fuera contigo,
 como amante y amigo,
 al infierno o a Dios.

Francisca, es la alborada,
 y la aurora es azul;
 el amor es inmenso
 y eres pequeña tú.
 Mas en tu pobre urna
 cabe la eterna luz,
 que es de tu alma y la mía
 un diamante común.

¡Franca, cristalina,
 alma sororal,
 entre la neblina
 de mi dolor y de mi mal!
 Alma pura,
 alma franca,
 alma oscura
 y tan blanca...

Sé conmigo
 un amigo,
 sé lo que debes ser,
 lo que Dios te propuso,
 la ternura y el huso,
 con el grano de trigo
 y la copa de vino,
 y el arrullo sincero
 y el trino,
 a la hora y a tiempo.
 ¡A la hora del alba y de la tarde,
 del despertar y del soñar y el beso!
 Alma sororal y oscura,
 con tus cantos de España,
 que te juntas a mi vida
 rara,
 y a mi soñar difuso
 y a mi soberbia lira,
 con tu rueda y tu huso,
 ante mi bella mentira,
 ante Verlaine y Hugo,
 ¡tú que vienes
 de campos remotos y ocultos!

La fuente dice: "Yo te he visto soñar".
 El árbol dice: "Yo te he visto pensar".
 Y aquel ruiseñor de los mil años
 repite lo del cuervo: "¡Jamás!"

Francisca, sé suave,
 es tu dulce deber;
 sé para mí un ave
 que fuera una mujer.

Francisca, sé una flor
 y mi vida perfuma,
 hecha toda de amor
 y de dolor y espuma.
 Francisca, sé un ungüento
 como mi pensamiento;
 Francisca, sé una flor
 cual mi sutil amor;
 Francisca, sé mujer,
 como se debe ser...
 Saber amar y sentir
 y admirar como rezar...
 Y la ciencia del vivir
 y la virtud de esperar.

Ajena al dolor y al sentir artero,
 llena de la ilusión que da la fe,
 lazarillo de Dios en mi sendero,
 Francisca Sánchez, acompaña me...
 En mi pensar de duelo y de martirio
 casi inconsciente me pusiste miel,
 multiplicaste pétalos de lirio
 y refrescaste la hoja del laurel.
 Ser cuidadosa del dolor supiste
 y elevarte al amor sin comprender;
 enciendes luz en las horas del triste,
 ponés pasión donde no puede haber.
 Seguramente Dios te ha conducido
 para regar el árbol de mi fe;
 hacia la fuente de noche y de olvido,
 Francisca Sánchez, acompaña me...

(1914)

del más grande poeta de una época.

Ella nos habla de sus diecisiete años al lado de Rubén, de sus cuatro hijos, todos muertos, de las noches en que el poeta escribía sin descanso prosa para "La Nación" y otros periódicos. De otros mil detalles que recuerda con una emoción viva y sincera,

que todavía arranca lágrimas de sus ojos cansados...

Francisca disfruta ahora la recompensa de su custodia material del archivo rubeniano y de su generosidad y buen juicio, al cederlo, antes que su muerte pusiera en peligro los papeles que, como la obra misma del poeta, tan valioso servicio han de pres-

tar a la historia de la verdadera cultura hispánica.

Una vez más, el sencillo y humano amor de esta mujer, que tanto fue para el autor de "Cantos de vida y esperanza", lo sirve fielmente, también a la hora de salvar la verdad de su vida para la posteridad. Francisca Sánchez, fiel como siempre, a su amor y

a su memoria, obedece, quizá instintivamente, al lírico mandato del poeta: "Francisca Sánchez, acompáñame." Y Francisca le "acompaña" hasta más allá de la muerte, hasta alcanzar por amor a él (inesperada recompensa) una parcela de su propia (así) inmortalidad.

Alla Nazimova

Por Pio Bolaños

Interpretando la "Nora" de Ibsen la he visto. Morena la faz adornada de negros y expresivos ojos y cuerpo flexible, con ademanes sueltos, esta novel actriz, va sobresaliendo en el arte escénico y mostrando ya la trágica del mañana.

Como avechilla aprisionada en la jaula, revolotea con candor infantil y pinta en la escena, con realidad exquisita, el alma de la heroína que soñara el poeta noruego al escribir su complejo drama simbólico "La Casa de Muñecas", y encuentra en esta bella producción dramática felices y hábiles momentos para poner de relieve la estética de su temperamento y las sutiles cualidades de su talento. De su fisonomía aureolada por nimbo infantil, brotan las fáciles y alegres risas de aquella alma de muñeca que no conoce sino las alegrías terrenas. Ilumina la escena con vívidos colores y satura la atmósfera de ambientes simpáticos que llega hasta el público, que ríe con ella, porque ella ríe de verdad. Mas sus raras dotes histriónicas sobresalen cuando llega a la cúspide de las escenas trágicas. Allí muestra toda la fineza de su talento, y la versatilidad de su alma de artista. Dice sus penas y llora sus dolores, y en su accionado y en su expresión, hay raudales de poesía triste. Es la intensidad de su mirada fija que se pierde en el público que la mira, vagando, a veces incierta, a veces destañada; revelando, vívida, el alma inocente de la "Nora" del poeta, y al concluir ella con sencilla naturalidad la exposición psicológica del drama, el público llora emocionado al verla a ella también llorar. Es sublime, soberbia; en el final y por algunos momentos, merced a la fuerza de su genio, la ficción parece convertirse en una realidad.

Su declamación es expresiva, su enunciación clara, así como la producción gradual de belleza al

ir exponiendo el complicado problema idealista como el de Hedda Gabler y el carácter escénico que ha concebido la fantasía imaginativa de Ibsen y, desenvuelve, humanamente, la madeja de la trama. Cautiva con su presencia al exhibirse ante el público; establece con éste correspondencia de sentimientos y derrama algo así como un fluido magnético que conmueve las mentes más escépticas. Rompe, en el momento psicológico, la ansiedad del público que la oye; y hace estallar entre la muchedumbre de imaginaciones expectantes, la chispa eléctrica que golpea a martillazos, sensaciones adormecidas por la indiferencia. Converge la variedad pensativa hacia un punto céntrico: el objetivo del drama; las miserias de la vida, y, sintiendo en ella la fuerza vital del personaje que crea, lo encarna con un soplo de su espíritu artístico.

El difícil trabajo del artista en las tablas, es, desprenderse de su ser y dar paso al del personaje que interpreta y las actrices encuentran en ello mayores obstáculos

porque la mujer tiene con "ella misma" lo que es ardua tarea de sustraerse. La divina Sara Bernhardt que ha creado e individualizado en el teatro personajes ya clásicos, revelan, todos ellos, la gracia serpentina de su cuerpo y la dulzura y melodía de su voz.

Maude Adams, americana, que Pann, de James T. Barrse, otra estrenó en Nueva York, Peter comedia de ideales, la gran trágica española, la Guerrero, la Réjane, comediantes francesa y todas las actrices geniales, aplaudidas en el mundo de la escena, ponen algo de ellas mismas en la varia creación de sus obras. Su arte lo sacan del fondo de su propio ser y de allí la razón porque educan y emocionan en el escenario. Amalia Nazimova, en los dramas rusos que antes ha interpretado y en éste de Ibsen, va triunfando, porque individualiza sus creaciones y exhibe la fuerza predominante de su genio en el desprendimiento de su ser al crear un nuevo personaje.

Nazimova tiene, para mí, puntos de contacto con la actriz fran-

cesa, Polaire, que ha inmortalizado el tipo de la chica desgredada rodando por calles y plazas como, Mignon de Gortner guardando dentro de sus harapos, una alma sensitiva aunque los talentos dramáticos de ambas se desarrollen en diferentes ambientes. La Polaire, que ha dado vitalidad a las concepciones de Gyp, tiene como la rusa, vibraciones de cuerpo, movimientos felinos, algo así como contorsiones de nerviosidad infantil y felina.

La declamación de Alla Nazimova, es fluida, lozana, rebosante de oportuna acentuación y la sutil y fina gracia en los diversos matices de su temperamento dramático, la hacen figurar como estrella de primera magnitud en el cielo del arte y fijar su nombre entre las artistas del actual mundo escénico.

Llegó de la mil veces infortunada Rusia y, en compañía de artistas rusos, entró a la escena del teatro en New York y sus pri-Sandra, en otro sillón se lima los meros triunfos escénicos fueron aplaudidos en un barrio de sus compatriotas. Hoy, dominando el idioma inglés, crea de manera que antes, la "Nora" de la "Casa de Muñecas", y los que tienen alma sensitiva se deleitan con las delicadas emociones que prodiga el genio de ésta, llegada de las estepas rusas, que hace reír y llorar, en una de las más bellas concepciones que ha producido para el teatro moderno "el teatro de los ideales" la exquisita mentalidad del dramaturgo noruego Henry Ibsen.

Nueva York, 1907.

brújula quieta

MANOLO CUADRA, HA MUERTO. El amigo excelente, el escritor magnífico, el egregio poeta, ha dejado de existir en su tierra natal, Nicaragua.

El laconismo de un mensaje radiográfico nos dijo desde Managua, que el 14 de Noviembre entregó su alma al Creador este hombre inquieto y genial, este loco enamorado del Arte y de la Libertad.

Varias veces estuvo entre nosotros. Costa Rica fue su refugio. Cada vez que lo echaron de su tierra por su amor a la diosa de los pechos nutricos, aquí vino a parar con su mochila repleta de bellos poemas, luminosos artículos y algo que era muy suyo: la serena alegría de vivir, aunque fuera pasando por el ojo de la miseria, hermana del destierro.

Pero siempre encontró brazos

acogedores entre nosotros. Siempre hubo trabajo para él en nuestro predio estrecho. Siempre lo vimos sonriente bajo la tempestad o frente al prisma irisado de una buena copa.

Su obra es voluminosa, dispersa en su carrera de destierro sempiterno. Sin embargo, quedan recogidos en libros algunos de sus poemas. Dos o tres volúmenes de grata armonía. Llegada la hora

del recuento, sus paisanos sabrán recoger en otros tomos el resto de sus bellas inquietudes escritas.

¡Buen viaje, compañero! Cuando te despedimos, hace menos de dos meses, que ibas a tu tierra ya para el paso final, sabíamos que te dábamos el último abrazo. Una lágrima estuvo a punto de humedecer nuestras pupilas; una lágrima de último adiós que contuvo tu sonrisa estoica.

¡Buen viaje, maravilloso Manolo Cuadra!

AYER RECIBI EL NUMERO DE SEPTIEMBRE y con ella su nueva invitación a colaborar. También me llegó oportunamente el número del Aniversario, que estaba muy nutrido e interesante, en particular el artículo de Chacón Trejos sobre Doña Beatriz, y el de Obregón Loría sobre Alvarado Barroeta.

Le acompañó el último número de La Gaceta, que contiene un artículo en inglés. Si lee ese idioma, pueden interesarle mis puntos de vista. Le señalo con una línea en tinta al margen un párrafo en que aprovecho la ocasión para tirarles una chinita a los serviles al inglés. Dice la parte conducente, traducida:

"La locución ha sido desde hace tiempo un rompecabezas para los traductores, algunos de los cuales, ignorando y a veces no sospechando siquiera el sentido preciso, no vacilan en traducirla literalmente, dando ello lugar a que la traducción resulte incomprensible, a menos que establezcamos la nueva doctrina, que parece estar ganando terreno entre ciertos escritores, de que a fin de comprender el "español moderno" de última marca, es absolutamente necesario conocer el inglés como clave o idioma de referencia".

Cristián Rodríguez

EL HECHO DE QUE UNA PINTORA TICA haya abierto su propia exposición al público de París (galería de Bernard Chene, dans les Jardins du Palais-Royal —como reza la tarjeta de invitación que recibimos)—no puede pasar inadvertido en nuestro país, pues este simple hecho de exponer en la Ciudad Luz tiene ya en sí mismo mucho de consagratorio. No ha llegado a nuestras manos, por desgracia, el catálogo de pinturas y dibujos que Lola Fernández somete a la estimación de un público tan

cosmopolita y exigente como aquél, y en consecuencia tampoco conocemos el número y carácter de las obras expuestas, ni podemos formarnos concepto de ellas por sus títulos, toda vez que debe de ser obra nueva en general, labor de los últimos meses y, por tanto, posterior a lo que hace un tiempo nos mostrara ella aquí, para luego llevarse consigo a Panamá, Colombia e Italia, siempre con mucho éxito. Después de sus estudios iniciales en San José y en Bogotá, Lola Fernández estudió en Roma y en Florencia, y fue luego a incorporarse en París al mundillo de los nuevos valores, donde sólo un estudio concienzudo, mucho trabajo y mucho mérito permiten el crédito inicial y, finalmente, la consagración. Mas si de ésta puede juzgarse por la cantidad de cuadros vendidos, debemos creer que su actual exposición en la "Galerie de Montpensier" constituirá un seguro éxito, pues obras de su firma figuran ya en colecciones particulares de los Estados Unidos, la India, Italia, Suiza, Francia, Bélgica y Alemania, amén de las que se conservan en nuestro país, demostrando cómo se cotiza su pintura en ambos Continentes.

A reserva de informar a nuestros lectores conforme vayamos sabiendo del suceso con que una pintora nuestra ha sentado sus reales en la capital de Francia, le deseamos desde ahora, a ella, un éxito muy lisonjero.

EN EL SALON DEL Centro Cultural Costarricense-Norteamericano abrió hace pocos días una exposición de sus obras la pintora Tay Eggert, quien ha distribuido en el catálogo sus cuadros en cuatro grupos: Pinturas de Africa, Composiciones, Retratos de Niños y Retratos, en general. Veintinueve en total, dentro de lista, y dos o tres más fuera de ella, el conjunto de sus óleos muestra una casi uniformidad de técnica y un especial cariño al contraste de colores agresivos, en primer término, sobre los amables e inocuos tonos del fondo. De una deliberada ingenuidad de composición, con cierta ligereza de dibujo —pero de dibujo duro y poco cuidado—, la obra de la Srta. Eggert demuestra un propósito bien definido, como es el de conseguir un estilo muy suyo, donde lo femenino esté por encima de todo,

aun cuando no siempre sea dulzón y blando lo que ella pone de femineidad en su arte.

Dentro de este propósito, naturalmente, nos atrevemos a creer que en su grupo de Pinturas de Africa es en donde menos lograda está la artista.

Esos cuadros, más que obra concluida parecen ensayos. Algo semejante hay también en los del grupo denominado Composiciones. No es sino en sus Retratos de Niño y en los otros, donde la expositora logra su propósito, es decir, don de lo femenino y como improvisado de su técnica adquiere mayoría de edad, cuajando algunas cosas buenas. En todos ellos hay una simpleza conmovedora de concepto, conmovedoramente expresada en lo pictórico. Y es que ella, ante todo, es una retratista. Lo confirma, sin lugar a dudas, la exactitud psicológica, la valentía de colorido y la libertad de pensamiento con que ha plasmado en sus lienzos retratos tan buenos como el de Manuel Segura, el de don Saturnino Rodrigo, los dos de los señores Font, y su Autorretrato.

Creemos también que, por cuanto a lo largo de su labor se nota un creciente dominio de sus personales recursos y un conocimiento bastante estimable del propósito inicial y de las capacidades con que cuenta para desarrollarlo, Tay Eggert conseguirá expresar cuanto se propone, sobre todo en materia de retratos, afirmando su propio estilo, inicialmente rico personalísimo.

"LA LUZ QUE AGONIZA" DEL INGLÉS PATRICK HAMILTON ES, sobre todas las cosas una obra de suspenso y de honda penetración psicológica. Sus personajes centrales; el Sr. y la señora Manningham presentan características muy marcadas de alteración psicológica. Ella vive en un constante terror, que no sabe disimular ni vencer y él esconde, tras su frialdad y cortesía la violencia oculta de un psicópata y de un maniático criminal. El ambiente es sombrío, angustiado y evidenciado por el autor a través de una serie de detalles aparentemente insignificantes; la atmósfera general se encuentra recargada de amenaza y de misterio. Es una pieza, en suma, que si bien puede catalogarse entre las obras policíacas trasciende en mucho la inten-

ción el valor de éstas. Desde el punto de vista de la actuación y del montaje la obra es difícil y pesada. Ana Cecilia Gutiérrez, quien interpretó en el Teatro Las Máscaras el papel de la señora Manningham merece un capítulo aparte de esta crónica; su labor fue sencillamente estupenda. En ningún momento dejó caer la tensión y la morbosidad de su personaje. Supo imprimir a su actuación un gran juego de transiciones que hizo evidente para el público los menores cambios de estado de ánimo en el personaje.

Su voz muy agradable y bien timbrada (en algunos momentos debería hablar un poco más alto) y su dominio escénico contribuyeron a que diera una interpretación inmejorable.

Rodolfo Araya encarnó el papel del Sr. Manningham con enorme acierto. Es pausado y comedido, sin embargo en la fijeza de su mirada y en la sobriedad de sus gestos se adivina una frialdad forzada que es exactamente la que requiere ese personaje en nuestra opinión. Lo felicitamos sinceramente. Roberto Desplá estuvo seguro y muy acertado en su interpretación del detective. Domina la escena con soltura e imprime gran carácter a su papel. Su intervención en LA LUZ QUE AGONIZA se hizo muy apreciable. Joelle Fanny debutó en un papel secundario con mucha soltura y gracia. Era exactamente el tipo que se requería para ese papel. Se mostró algo nerviosa en algunos instantes, pero siempre estuvo a la altura de su cometido. Nena Caravaca confirmó la impresión que nos había dejado otras veces de ser una actriz responsable y segura en la que se puede confiar perfectamente. La dirección de Luccio Ranucci le dió a la obra el carácter y la intensidad que necesitaba. El movimiento escénico, sobrio y limitado, así como la ambientación general confirman la intuición de Ranucci como gran director. El decorado de Guillermo Jiménez fue un acierto en todos los sentidos. Muy bien balanceado y magníficamente construido. Pocas veces hemos visto en un teatro una reconstrucción más fiel de una época y una creación ambiental mejor lograda. Buenos también los maquillajes y los vestidos. En resumen un auténtico éxito artístico que merece el aplauso.

MIGUEL MACAYA & Cía.

MAQUINARIA AGRICOLA E INDUSTRIAL, LTD.

Maquinaria para la agricultura y la Industria

Maquinaria Agrícola en una línea completa.

Tractores "International" (de Ruedas y de Oruga).

Motores Diesel "Petter".

Equipo para construcción de carreteras.

Compresores de aire "Worthington".

Equipo de Refrigeración.

Soldadoras Eléctricas y Autógenas "Marquette".

Bombas para agua "Worthington".

Equipos para Fumigación de café y árboles "Myers".

Aplanadoras y Motoniveladoras "Galion".

Palas Mecánicas "Link-Belt".

Quebradores de Piedra "Universal".

Surtido de Repuestos.

Taller de Servicio.

Consulte nuestros planes de Financiación.

EDIFICIO INTERNATIONAL

50 varas Norte Hotel Europa.

Teléfonos: 5830 - 5831

Apartado: Letra "A".

CONSEJO NACIONAL DE PRODUCCION

SECCION AVICOLA

Compra de Maíz Amarillo para Mezclas

La Sección Avícola está interesada en adquirir partidas de maíz amarillo de producción nacional, última cosecha, para uso en mezclas de alimentos avícolas. Los interesados pueden dirigir sus ofertas al Consejo Nacional de Producción, Sección Avícola.